

Liga Polesotécnica I

EL JUEGO DE SATURNO



Lectulandia

Un imaginativo juego de rol proporciona un alivio para la tripulación durante el largo viaje a Saturno. Sin embargo, su mundo imaginario se empieza a confundir, peligrosamente, con el real cuando un equipo comienza la exploración de una de las lunas de Saturno.

Lectulandia

Poul Anderson

El juego de Saturno

Liga Polesotécnica I

(Período de Nicholas Van Rijn)

ePub r1.0

Algarri 06.02.14

Título original: *The Saturn Game*
Poul Anderson, 1981
Traducción: Rafael Marín Trechera y Albert Solé
Diseño de portada: Algarri

Editor digital: Algarri
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Nota del editor digital

El prefacio de la obra que a continuación se presenta, pertenece a la recopilación de *Los premios Hugo 1980-1982* (8.º volumen de la serie), de la cual se ha sacado esta novela corta de Anderson y está escrito por el recopilador de la misma Isaac Asimov.

He eliminado el párrafo donde refiere la sinopsis de la obra, dado que es el que he utilizado para ese apartado en esta edición.

Prefacio

Prometí en el séptimo volumen que Poul aparecería de nuevo en éste. De momento mantiene su récord de aparecer en cada uno, y hasta ahora ha recibido nada menos que siete Hugo en las categorías de relato corto, más que cualquier otro escritor. Felicidades, Poul.

Tengo la sensación de que cada uno de los buenos relatos escritos por un escritor de ciencia-ficción que domine su oficio, tiene una lección que enseñarle a quien se interese seriamente por el género. En éste, según mi opinión, hay dos lecciones relacionadas entre sí.

La primera es lo difícil que resulta anticipar las hazañas de la ciencia y la tecnología, incluso para los escritores de ciencia-ficción (que en esos temas suelen superar a casi todos los demás). Mi ejemplo favorito de costumbre es que los escritores de ciencia-ficción llevaban anticipando la televisión por lo menos desde 1911, cuando Hugo Gernsback escribió sobre ella, o los viajes a la Luna en un sentido moderno desde 1855, cuando Julio Verne escribió sobre ellos, pero ningún escritor de ciencia-ficción, que yo sepa, supo ver la consecuencia auténtica de esas dos invenciones y llegó a combinar las dos ideas de modo que describiera el primer paso sobre la Luna siendo observado —en vivo— por centenares de millones de personas en la Tierra mediante la televisión.

Ahora tengo un ejemplo posterior. Por lo que yo sé, ningún escritor de ciencia-ficción anticipó los nuevos juegos contemporáneos, el fenómeno de Dragones y Mazmorras y menos aún los juegos de vídeo que surgieron de la nada y que se han convertido en una industria que mueve miles de millones de dólares prácticamente de la noche a la mañana.

Por raro que parezca, me acerqué bastante a ello. Esto es lo que escribí en un artículo titulado «Mi Parque de Diversiones del Futuro», y en el número de Seventeen Correspondiente a julio de 1973.

«... podría haber nuevos juegos que simularan maniobras efectuadas en el espacio. Podría tenerse la oportunidad de sentarse ante un panel de control y dirigir rayos láser de poca potencia a naves espaciales enemigas, y cuando se les acertara, éstas podrían dar la impresión de que estallan en pedazos».

Justo en el blanco con, como mínimo, media década de anticipación... y no se me ocurrió escribir un relato en el cual figurara esta imagen.

Naturalmente es más fácil después de que ha ocurrido pero, por otro lado, Poul hizo con ello un trabajo mejor del que probablemente habría hecho yo.

La segunda lección es que resulta innecesario preocuparse por la pérdida de conceptos con los cuales se había encariñado la ciencia-ficción. ¿Dónde están los océanos de Venus, el lado iluminado de Mercurio, los canales de Marte, los satélites

convertidos en lugares habitables por el calor de Júpiter y Saturno? ¡Desaparecidos!
¡Perdidos! ¿Y acaso ello no contribuye a destruir la posibilidad de escribir historias?
¡Jamás! Por cada error destruido se establece un nuevo hecho más cercano a la
verdad y por cada truco argumental que desaparece se crea uno mejor.

Aquí tienen una historia sobre *Japeto*, ese extraño satélite bitonal de Saturno, uno
de cuyos hemisferios es oscuro y rocoso en tanto que el otro es blanco y está cubierto
de glaciares. Esto no se debe a la imaginación, ha sido observado por las sondas
Voyager. (De momento los astrónomos no tienen ninguna explicación adecuada para
ese efecto bitonal). Qué bueno resulta tener una situación de la que puede surgir un
relato que antes no podría haber sido escrito de ese modo y saber, a medida que lo
escribes, que estás siendo tan realista como puedes. Y qué bueno tener un misterio
que podrías resolver en otro relato.

Capítulo I

SI ALGÚN día queremos entender lo que sucedió, objetivo vital para evitar que vuelva a suceder ésta y peores tragedias en el futuro, debemos empezar a olvidarnos de las acusaciones. Nadie cometió un descuido, no hubo fallos. Ya que, ¿quién hubiera podido prever lo que ocurrió o tan siquiera reconocer la naturaleza de lo acontecido, antes de que fuese demasiado tarde?

En lugar de ello, deberíamos apreciar el espíritu con el que aquellas personas, una vez lo hubieron conocido, lucharon contra el desastre, tanto interno como externo. El hecho es que hay varios umbrales de realidad y que las cosas situadas a un lado de ellos son distintas de las situadas al otro. La Cronos cruzó algo más que un abismo: cruzó uno de los umbrales de la experiencia humana.

Francis L. Minamoto.

*De la muerte bajo Saturno: una opinión discrepante.
(Comunicaciones de la Universidad Apolo, Leyburg, Luna, 2057).*

La ciudad de Hielo se encuentra ahora en mi horizonte —dice Kendrick. Sus torres arden con un resplandor azul—. Mi grifo despliega sus alas para planear. —«El viento silba por entre sus grandes plumas centelleantes de todos los colores del arco iris. Su capa aletea sobre sus hombros; el aire penetra a través de su cota de malla envolviéndole en un abrazo helado»—. Me inclino y te busco con la mirada. —En su mano izquierda el peso de su lanza, le desequilibra levemente. La punta de la lanza emite pálidos destellos gracias a la luz de la luna que Wayland Smith aprisionó a martillazos en el acero.

—Sí, veo al grifo —le dice Ricia—, como un cometa en el cielo, lejos, más arriba de los muros del patio. Salí corriendo al pórtico para verlo mejor. Un centinela intentó detenerme, agarrándome por la manga, pero yo desgarré de un tirón la seda de araña y salí al exterior. —«El castillo de los elfos oscila como si el hielo con el que ha sido esculpido estuviera convirtiéndose en humo»—. ¿Eres tú de verdad, querido mío? —grité apasionadamente.

—¡Espera, no te muevas! —le advierte Alvarlan desde su cueva de arcanos a diez mil leguas de distancia—. Envío a tu mente el mensaje de que si el rey sospecha que se trata de sir Kendrick de las Islas, invocará un dragón contra él, o hará perderse tu espíritu en un lugar donde no hay oportunidad alguna de rescatarlo. Vuelve, princesa de Maranoa. Finge creer que sólo es un águila. Arrojaré un hechizo de fe sobre tus palabras.

—Me mantengo en alto —dice Kendrick—. A no ser que el rey de los elfos utilice una piedra de videncia, no podrá darse cuenta de que esta bestia lleva un jinete. Desde aquí espiaré la ciudad y el castillo.

¿Y después? No lo sabe. Sólo sabe que debe liberar a la princesa o morir en el empeño. ¿Cuánto tiempo necesitará para ello? ¿Y cuántas noches más tendrá ella que yacer entre los brazos del rey?.

—Creía que tu deber era observar a Japeto —le interrumpió Mark Danzig.

Habló con un tono tan seco, que los otros tres se pusieron repentinamente en guardia. Jean Broberg se ruborizó de vergüenza, Colin Scobie de ira. Pero Luis Garcilaso sonrió, se encogió de hombros y volvió su mirada hacia la consola de pilotaje ante la cual estaba sujeto por sus arneses. Durante un segundo el silencio llenó la cabina, únicamente iluminada por la radiación del universo.

Para facilitar la observación todas las luces habían sido apagadas, dejando sólo el tenue brillo de algunos instrumentos de pilotaje. Las portillas que daban al sol estaban cerradas. En todas las demás se apiñaban las estrellas. Eran tantas y tan brillantes, que casi absorbían toda la oscuridad que las rodeaba. La Vía Láctea era una catarata de plata. Por una de las portillas se veía a Saturno en mitad de una fase, con el lado diurno de un color oro pálido, en el que destacaban las ricas franjas de sus anillos enjorjados, y el lado nocturno relucía pálidamente con el brillo de las estrellas sobre las nubes. Saturno era tan grande a la vista como la Tierra lo es a la Luna.

Más adelante estaba Japeto. Mientras orbitaba el satélite la nave espacial iba girando para mantener un constante campo visual. Había cruzado ya la línea del amanecer, que se encontraba ahora a la mitad del hemisferio más cercano. Al girar, había quedado atrás la árida superficie cubierta de cráteres, y ahora pasaban sobre una extensión de glaciares iluminados por el sol. La blancura del hielo les deslumbraba con sus destellos y emisiones de color, y fantásticas imágenes que se alzaban hacia el cielo: circos, desfiladeros y cavernas llenas de un resplandor azul.

—Lo siento —murmuró Jean Broberg—. Es demasiado hermoso, increíblemente hermoso y... es casi igual que el sitio al que nos había llevado nuestro juego.

Aquello nos cogió a todos por sorpresa y.

—¡Bah! —dijo Mark Danzig—. Ya teníais una idea bastante aproximada de lo que se esperaba, por eso habéis llevado el juego hacia una meta parecida. No intentes darme otra explicación. Llevo ocho años viendo esto.

El giro y la gravedad eran tan leves que cuando Colin Scobie se puso a agitar las manos con cierto salvajismo, su brusco movimiento le hizo salir volando por el aire a través del pequeño espacio de la cabina. Logró sujetarse a una abrazadera un segundo antes de chocar con el químico.

—¿Estás diciendo que Jean es una mentirosa? —gruñó.

Normalmente, Colin estaba casi siempre de buen humor y sabía gastar bromas.

Quizá por eso ahora daba una impresión repentinamente amenazadora. Era un hombre corpulento, de pelo rubio y de algo más de treinta años: su mono no disfrazaba sus músculos, y su ceño fruncido hacía resaltar todavía más la dureza de sus rasgos.

—¡Por favor! —exclamó Broberg—. Nada de peleas, Colin.

El geólogo se volvió a mirarla. Jean era delgada y de rasgos finos. Tenía cuarenta y dos años y, a pesar del tratamiento de longevidad en su cabello castaño tirando a rojizo, que le caía sobre los hombros, aparecían ya unas hebras grises, y alrededor de sus grandes ojos grises se dibujaba una redecilla de arrugas.

—Mark tiene razón —dijo con un suspiro—. Estamos aquí por la ciencia, no para soñar despiertos. —Alargó la mano hasta tocar el brazo de Scobie, y dijo sonriendo tímidamente—: Sigues aún lleno de tu Kendrick, ¿verdad? Galante, protector. —Se detuvo antes de terminar. Su voz se había hecho más rápida, dejando traslucir una más que considerable presencia de Ricia. Se tapó los labios con la mano y volvió a ruborizarse. Se le escapó una lágrima que empezó a brillar, impulsada por las corrientes de aire. Luego, con un visible esfuerzo, logró reír—. Pero sólo soy Broberg, doctora en física, esposa del astrónomo Tom y madre de Johnnie y Bily.

Sus ojos se volvieron hacia Saturno, como buscando la nave donde la esperaba su familia. Podría haberla distinguido como una estrella que se movía entre las demás mediante su vela solar. Sin embargo, ahora la vela estaba arriada y ningún ojo humano sin ayuda podía distinguir ni siquiera el enorme casco de la Cronos a millones de kilómetros de distancia.

—¿Qué hay de malo en que sigamos con nuestra pequeña *commedia dell'arte*? —preguntó Luis Garcilaso desde su asiento de piloto. Su acento de Arizona resultaba tranquilizador—. Todavía nos falta un poco para posarnos, y hasta entonces todo va automáticamente.

Luis era pequeño, moreno, muy vivaz y estaba a punto de cumplir los treinta.

La piel apergaminada de Danzig se arrugó al fruncir ligeramente el ceño. Seguía manteniéndose delgado y ágil a los sesenta años gracias a sus costumbres y al tratamiento; era capaz de bromear con las arrugas y con la amenaza de la calvicie. Pero ahora había decidido dejar de lado el humor.

—¿Queréis decirme que no sabéis de qué hablo? —Su nariz, parecida al pico de una rapaz, se volvió hacia el cristal de la pantalla que aumentaba el paisaje del satélite— ¡Dios Todopoderoso! Vamos a entrar en contacto con un mundo nuevo ahí abajo, es pequeño pero es un mundo, y habrá en él cosas tan extrañas que ahora no podemos ni imaginarlas. Antes de nosotros, aquí sólo ha estado una sonda automática que pronto dejó de emitir y otra sonda que pasó bastante lejana. No podemos confiar sólo en los medidores y en las cámaras. Tenemos que usar nuestros ojos y nuestros cerebros —se volvió hacia Scobie—. Tú deberías saberlo, Colin, aunque nadie más lo

entienda. Ha trabajado en la Luna y en la Tierra. Y a pesar de todas las instalaciones y todos los estudios que ya se han llevado a cabo, ¿acaso no te encontraste jamás con alguna sorpresa desagradable?

El hombretón había recobrado la calma. Ahora en su voz sólo quedaba una suavidad que hacía pensar en las tranquilas montañas de Idaho de las que procedía.

—Cierto —admitió—. Cuando estás fuera de la Tierra nunca se puede decir que tengas demasiada información, en realidad, nunca tienes la suficiente. —Hizo una pausa—. Sin embargo, la timidez puede ser tan peligrosa como la temeridad, y no quiero decir que tú seas tímido, Mark —se apresuró a explicar—. Desde luego que no, después de todo tú y Rachel podríais estar ahora en una preciosa colonia orbital de O'Neil viviendo de una excelente pensión.

Danzig se relajó y sonrió.

—Si se me permite ser algo pomposo, os diré que esto era un desafío. Lo cierto es que queremos volver a casa cuando hayamos terminado con esto. Deberíamos llegar a tiempo para el *barmitzvahg* de uno o dos tataranietos. Y para ello debemos seguir con vida.

—Lo que pretendo explicar —dijo Scobie—, es que si os dejáis manejar como reses puede que terminéis en un lío peor que si... Oh, no importa. Probablemente tienes razón, quizá no debimos elucubrar con tantas fantasías. El espectáculo nos encandiló. No volverá a suceder.

Pero cuando los ojos de Scobie se volvieron nuevamente hacia el glaciar, en ellos no había precisamente la falta de pasión del científico. Tampoco la había en los de Broberg o Garcilaso. Danzig golpeó la palma de su mano con el puño.

—El juego, el maldito juego infantil —murmuró en voz baja para que sus compañeros pudieran oírle—. ¿Acaso no era posible encontrar algo más sensato para ellos?

Capítulo II

¿ACASO no era posible encontrar algo más sensato para ellos? Quizá no.

Si debemos responder a esa pregunta, antes deberíamos revisar algo de historia. Las primeras operaciones industriales que se hicieron en el espacio ofrecieron una esperanza de salvar a la civilización y a la Tierra de la ruina.

Evidentemente antes de que se pudiera explotar los planetas, era necesario tener la mayor cantidad posible de datos sobre ellos. El trabajo empezó con Marte, el planeta menos hostil. Ninguna ley natural prohibía enviar más lejos pequeñas naves tripuladas. Lo que sí prohibía era el inevitable derroche de tanto combustible, tiempo y esfuerzo para que sólo tres o cuatro personas pudieran pasar unos días en un lugar determinado.

La construcción de la *Peter Vajk*, fue la que más tiempo consumió y la más costosa. Pero todo eso fue compensado cuando la nave, que era virtualmente una colonia, extendió su inmensa vela solar y llevó a mil personas hasta su destino en medio año y en unas condiciones de comodidad muy relativas. Los beneficios empezaron a ser inconmensurables cuando, desde su órbita, lanzaron hacia la Tierra los minerales de Fobos ya tratados que no les hacían falta para sus propósitos. Esos propósitos, por supuesto, incluían un estudio auténticamente concienzudo y a largo plazo del planeta Marte, así como el lanzamiento de naves auxiliares para estancias cada vez más prolongadas, en toda la superficie del planeta.

Basta con recordar todo esto; no es necesario recrearse en los triunfos que cosechó esta idea básica en todo el área del sistema solar hasta Júpiter. La tragedia de la *Vladimir* se convirtió en una razón para probar de nuevo con Mercurio y, de un modo políticamente disimulado, obligó al consorcio británico-norteamericano a crear su proyecto *Cronos*.

El nombre que le dieron a la nave era mucho más adecuado de lo que sospechaban. El trayecto hasta Saturno requería ocho años.

No sólo los científicos debían ser gente sana y de mentalidad brillante, también los tripulantes, los técnicos, médicos, profesores, agentes del orden, clérigos y encargados de las distracciones. Cada uno de los elementos que componían la comunidad cerrada debían serlo. Cada uno debía poseer más de una habilidad, para casos de emergencia, y debía mantenerlas vivas mediante prácticas regulares y tediosas. El medio ambiente era limitado y austero; la comunicación con el hogar pronto quedó reducida a lo que podían transmitir los haces de partículas; y quienes habían sido personas cosmopolitas se encontraron confinados a lo que, en suma, era una aldea aislada. ¿Qué podían hacer con su tiempo?

Tenías unas tareas asignadas. Proyectos cívicos, en particular aquellos destinados a mejorar el interior de la nave. Luego estaba la investigación, escribir un libro, el estudio de un tema, los deportes, los clubes de hobbies, las empresas de servicios y artesanías y otros tipos de relación aún más privados. Había una amplia selección de cintas de vídeo pero el control central sólo permitía usar los aparatos tres horas al día. No se podía correr el riesgo de que la pasividad se convirtiera en costumbre.

Los individuos protestaron, se pelearon, formaron y disolvieron camarillas, matrimonios o relaciones menos explícitas, engendraron ocasionalmente descendencia y la educaron, adoraron, se burlaron, aprendieron, anhelaron y, en su mayor parte, hallaron una razonable satisfacción en la vida que tenían. Pero para algunos, donde se incluía un gran número de los más dotados, la única diferencia entre esa vida y la miseria más absoluta, eran sus psicodramas.

Minamoto.

El amanecer fue arrastrándose por encima del hielo hasta llegar a la roca. La luz era al mismo tiempo tenue y áspera, pero era suficiente para darle a Garcilaso las últimas referencias que necesitaban para el descanso.

El siseo del motor se fue apagando. El casco resonó con un golpe sordo, los soportes de aterrizaje se nivelaron y luego reinó la calma y el silencio. La tripulación siguió callada durante un tiempo. Estaban contemplando Japeto.

Les rodeaba una desolación como la que reina en la mayor parte del sistema solar. Una llanura en tinieblas se curvaba visiblemente hacia un horizonte que, cuando uno estaba de pie parecía que se encontraba apenas a tres kilómetros de distancia; subiendo un poco más por la cabina se podía ver hasta una distancia mayor, pero eso sólo conseguía hacer aún más aguda la sensación de hallarse en una bola minúscula que giraba entre las estrellas. El suelo estaba cubierto por gravilla y una delgada capa de polvo cósmico, aquí y allá se veía un pequeño cráter o una masa de roca que se había deslizado del regolito arrojando largas sombras, afiladas como cuchillos y de una negrura absoluta. Los reflejos luminosos disminuían el número de estrellas visibles, convirtiendo el cielo en un cuenco lleno de noche. A medio camino entre el cénit y el sur, medio Saturno y sus anillos embellecían el panorama.

El glaciar también lo hacía hermoso, ¿o eran varios glaciares? Nadie estaba seguro. Lo único que se sabía era que, visto desde lejos, Japeto brillaba al extremo occidental de su órbita y se iba apagando hacia el oriental, porque sólo uno de sus lados estaba cubierto de esa substancia blanca; la línea divisoria pasaba casi bajo el planeta, al cual daba eternamente la misma cara. Las sondas del Cronos habían

informado que la capa era bastante gruesa y que poseía espectros desconcertantes que vagaban de un lugar a otro: no se sabía gran cosa más.

Y ahora cuatro seres humanos contemplaban el vacío y veían asomar maravillas en el confín del mundo. De norte a sur se alineaban murallas y baluartes, abismos, picachos y acantilados cuyas formas y claroscuros engendraban infinidad de fantasías. A la derecha, Saturno proyectaba su delicada luz ambarina que luego se desvanecía hacia el este por el resplandor de un sol que se había empequeñecido hasta tener casi el tamaño de una estrella, pero que ardía con una llama demasiado feroz como para contemplarla justo encima del horizonte. Allí el resplandor plateado explotaba en una lluvia diamantina de luz hecha pedazos, un pálido diluvio de azules y verdes, deslumbrados, los ojos empezaban a llorar y la visión relucía y bailaba como si estuviera encerrada en un lugar de ensueño o en la Tierra de las Hadas.

Pero, aún con toda esa complicada delicadeza, en el fondo de la imagen estaba la sensación del hielo y de una masa brutal: ésta era también la morada de los Gigantes Helados.

Broberg fue la primera en hablar, con un susurro casi inaudible.

—La Ciudad de Hielo.

—Magia —dijo Garcilaso, también muy bajito—. Mi espíritu podría perderse para siempre caminando hacia la lejanía. No estoy seguro de que me importara. Mi cueva no se parece a nada de esto, a nada.

—¡Esperad un minuto! —dijo secamente Danzig, alarmado.

—Oh, sí, dobleguemos nuestra imaginación, por favor. —Aunque Scobie se había apresurado a calmar los ánimos, sus palabras sonaron algo más ásperas de lo normal—. Sabemos por las transmisiones de las sondas, que esa escarpadura es parecida al Gran Cañón. Claro, es más espectacular de lo que habíamos creído y supongo que las engrandece el misterio. —Se volvió hacia Broberg—. Nunca había visto nieve o hielo con estas formas. ¿Y tú, Jean? ¿No nos contaste que cuando eras un niño habías visitado un montón de montañas y paisajes invernales en Canadá?

La doctora en física meneó la cabeza.

—No. Nunca. No parece posible. ¿Qué puede haberlo causado? Aquí no hay clima, no lo hay, ¿verdad?

—Quizá el mismo fenómeno que dejó totalmente desnudo a todo un hemisferio, sea el responsable de esto —sugirió Danzig.

—O el que cubrió al otro —dijo Scobie—. Una masa de unos mil setecientos kilómetros de diámetro no debería tener gases, ni congelados ni en cualquier otro estado. A menos que se trate de una sustancia tan diáfana como un cometa, y sabemos que no es así.

Como para demostrarlo, cogió unas tijeras de un estante de herramientas cercano, las arrojó al aire y volvió a recogerlas en su lento descenso. Sus noventa kilos de

masa corporal pesaban aproximadamente unos siete kilos aquí. Para conseguir esa gravedad, el satélite debía ser esencialmente rocoso.

Garcilaso daba muestras de impaciencia.

—Dejemos de intercambiar hechos y teorías que ya conocemos y empecemos a encontrar respuestas.

Broberg pareció extasiada ante tal idea.

—Sí, salgamos de aquí. Vamos ahí fuera.

—Esperad —protestó Danzig mientras Garcilaso y Scobie asentían vigorosamente—. No podéis hablar en serio. Sobre todo prudencia, y avanzar paso a paso.

—No, es demasiado maravilloso para obrar así —la voz de Broberg parecía a punto de quebrarse.

—Sí, al diablo con tantos rodeos —dijo Garcilaso—. Ahora mismo tenemos que hacer por lo menos una exploración preliminar.

El rostro de Danzig se cubrió de nuevas arrugas.

—Quieres decir que ¿tú también, Luis? ¡Pero tú eres nuestro piloto!

—Cuando no estamos en vuelo soy ayudante general, cocinero en jefe y encargado de lavaros las probetas a los científicos. ¿Crees que tengo ganas de estar sentado sin hacer nada con algo así para explorar? —Garcilaso logró que su voz sonara un poco más tranquila—. Además, si pasara algo cualquiera de vosotros puede encargarse del vuelo de regreso, sólo tiene que hablar un poco por radio con la Cronos y hacer la aproximación final por control.

—Es totalmente razonable, Mark —arguyó Scobie—. Es cierto que va contra las doctrinas; pero las doctrinas se hicieron para nosotros y no al revés. Hay poca distancia, la gravedad es muy baja y estaremos alerta por si hay peligro. Lo cierto es que hasta que no tengamos alguna idea de cómo es ese hielo, no sabremos a qué diablos debemos prestarle atención en este lugar. No, primero daremos un breve paseo. Cuando volvamos ya haremos planes.

Danzig se envaró aún más.

—¿Puedo recordaros que si algo llega a ir mal, la ayuda más próxima se encuentra como mínimo a cien horas de distancia? Una nave auxiliar como ésta no puede descender más si hay que volver y, obtener ayuda de las grandes naves de Saturno y Titán, requeriría aún más tiempo.

Scobie enrojó un poco ante el insulto implícito en sus palabras.

—Yo también puedo recordarte algo: cuando no estamos en vuelo el capitán soy yo. Y digo que efectuar un reconocimiento inmediato es lo más apropiado y no veo ningún peligro en ello. Quédate aquí si quieres, de hecho, debes quedarte. Las doctrinas tienen razón al decir que la nave no ha de quedar abandonada.

Durante varios segundos, Danzig lo estudió en silencio, antes de murmurar:

—Luis también va, ¿no?

—¡Sí! —gritó Garcilaso, haciendo resonar la cabina con su exclamación.

Broberg le dio unas suaves palmaditas a la flácida mano de Danzig.

—Todo irá bien, Mark —le dijo con voz suave—. Traeremos muestras para que las estudies. Después de eso, no me sorprendería nada que las mejores ideas en cuanto a lo que debemos hacer en el futuro vinieran de ti.

Danzig meneó la cabeza. De pronto parecía muy cansado.

—No —dijo con voz átona—, no será así. Mirad, sólo soy un químico industrial muy tozudo que vio en esta expedición la oportunidad de hacer investigaciones interesantes. Durante todo nuestro trayecto por el espacio me mantuve ocupado con los asuntos rutinarios. He hecho también un par de descubrimientos, ¿recordáis?

Me gustaría poder disponer de tiempo suficiente para desarrollarlos. Vosotros tres sois más jóvenes y románticos.

—Venga, Mark, basta ya —dijo Scobie, intentando reír—. Puede que Jean y Luis lo sean un poco, pero yo soy tan prosaica como un plato de estofado escocés.

—Jugasteis durante años y años hasta que al final el juego empezó a jugar con vosotros. Eso es lo que está pasando ahora mismo, no importa lo mucho que intentéis racionalizar vuestros motivos —los ojos de Danzig, que seguían clavados en su amigo el geólogo, perdieron el brillo desafiante que habían tenido antes y se volvieron melancólicos y pensativos—. Deberías acordarte de lo que sucedió con Delia Ames.

Scobie se puso inmediatamente a la defensiva.

—¿Qué ocurre con ella? Ese asunto era cosa suya y mía, de nadie más.

—Sólo que después se dedicó a llorar en el hombro de Rachel, y Rachel no tiene secretos para mí. No te preocupes, no pienso irme de la lengua. De todos modos, Delia acabó superándolo, pero si lo recuerdas con objetividad, verás lo que te ocurrió hace ya unos tres años.

Scobie apretó fuertemente las mandíbulas y Danzig le sonrió de modo casi imperceptible.

—No, supongo que no puedes hacerlo —siguió diciendo—. Admito que hasta ahora yo tampoco tenía ni la menor idea de lo lejos que había llegado el proceso. Al menos, os pido que tengáis vuestras fantasías en segundo término mientras estéis ahí fuera, ¿querréis hacerlo? ¿Podréis?

En media década de viaje, el camarote de Scobie había llegado a pertenecerle de tal forma que expresaba su personalidad. Quizá con más énfasis aún de lo habitual, dado que seguía siendo uno de los pocos solteros cuyas visitas femeninas no duraban más de unos cuantos turnos nocturnos cada vez. La mayor parte del mobiliario lo había hecho él mismo; las *agrosecciones* de la Cronos producían madera, corteza y fibra al igual que alimento y aire fresco. Sus obras de artesanía eran gigantescas, y las

esculturas de aspecto arcaico. La mayor parte de lo que deseaba leer venía por supuesto de los bancos de datos, pero tenía un estante con algunos viejos libros: las baladas fronterizas de Childe, una Biblia familiar del siglo dieciocho (pese a su agnosticismo), un ejemplar de La maquinaria de la libertad que casi se había desintegrado pero que exhibía la firma de su autor, así como algunas otras obras de valor. Sobre ellas se encontraba el modelo de un barco en el cual había surcado a vela las aguas del norte de Europa, y un trofeo que había ganado jugando a la pelota a bordo de la nave. En las mamparas colgaban sus floretes y numerosas fotos: padres y parientes, lugares salvajes que había recorrido en la Tierra, castillos, montañas y páramos escoceses que había visitado con frecuencia, su equipo geológico en la Luna, Thomas Jefferson y una efigie imaginaria de Robert the Bruce.

Una noche en particular había estado sentado ante su telepantalla. Las luces estaban al mínimo para que pudiera saborear plenamente la imagen. Las naves auxiliares estaban realizando un ejercicio conjunto y un par de sus tripulantes aprovecharon la oportunidad para emitir imágenes de lo que veían.

Y era esplendoroso. El espacio lleno de estrellas formaban como un cáliz alrededor de la Cronos. Los dos gigantescos cilindros que giraban majestuosamente en sentidos opuestos y todo el complejo de conexiones, portillas, escudos, colectores, transmisores y muelles; vistos desde unos centenares de kilómetros de distancia se iban transformando en una exquisita pintura japonesa. La vela solar llenaba la mayor parte de la pantalla, como un girasol dorado: con un examen más detallado, se podía apreciar tanto su intrincada estructura en forma de telaraña, como su forma de imponente y sutil curvatura. Incluso, se podía percibir la firma de su gasa, más sutil que ninguna otra. Como una obra, más ingente que las pirámides y más delicada que la remodelación de un cromosoma, la nave avanzaba hacia Saturno, que era el segundo faro más brillante del firmamento.

El timbre de la puerta arrancó a Scobie de su exultante contemplación. Al ir hacia ella se golpeó el pie con la pata de una mesa: Eso era debido a la fuerza gravitatoria de Coriolis. Al ser demasiado ligera para el tamaño de la nave, ésta tenía que girar para proporcionarles una gravedad normal. Aunque hacía largo tiempo que se había acostumbrado a ella, de vez en cuando se abstraía de tal forma que los hábitos terrestres volvían a él. Lanzó un juramento por su descuido pero lo hizo de buen humor, pues estaba pensando en el rato placentero que iba a pasar.

Al abrir la puerta, Delia Ames entró con paso ligero. La cerró inmediatamente detrás de ella y se apoyó en el panel. Delia, era una mujer alta y rubia que se encargaba principalmente del mantenimiento electrónico, pero también de un buen número de actividades exteriores.

—¡En! —dijo Scobie—. ¿Qué pasa? Parece como si, —intentó hacer un chiste— parece como si fueras algo que mi gato ha dejado en la puerta, en caso de que a bordo

tuviéramos ratones o peces que pudieran morir en la plaza.

Delia emitió un jadeo ahogado. Cuando habló, tenía un acento australiano tan marcado que al principio le costó entenderla:

—Yo. hoy. estaba por casualidad en la misma mesa de la cafetería que George Harding...

Scobie sintió un leve cosquilleo de inquietud. No sólo Harding y Ames trabajaban en el mismo departamento, sino que tenían otras actividades en común. En el grupo de juego al que pertenecían, Harding solía adoptar un papel vagamente ancestral, N’Kuma el Matador de Leones.

—¿Qué ocurrió? —le preguntó Scobie.

En el rostro de Delia sólo había dolor.

—Mencionó que tú, él y el resto, pasaríais juntos vuestro próximo descanso, para que *vuestro, vuestro* maldito juego no se interrumpiera.

—Bueno, sí. El trabajo en el nuevo parque del casco estribor quedará suspendido hasta que hayan reciclado el metal suficiente para los conductos del agua. El área estará despejada, y mi pandilla lo ha arreglado para pasar el equivalente a una semana en.

—¡Pero teníamos que ir al Lago Armstrong!

—Eh..., espera, eso sólo era algo que comentamos, no teníamos aún ningún plan definitivo, y además se trata de una oportunidad tan fuera de lo común. Iremos después, cariño. Lo siento. —Le cogió las manos. Estaban muy frías. Intentó sonreír—. Vamos, vamos, haremos juntos una estupenda cena para festejarlo y luego pasaremos, bueno, pasaremos una noche tranquila en casa. Pero antes, para empezar, en la pantalla hay un espectáculo de lo más soberbio.

Ella se soltó de su brazo con brusquedad. El gesto pareció calmarla.

—No, gracias —dijo con voz átona—. No cuando prefieres estar con esa Broberg. Sólo he venido para decirte personalmente que voy a quitarme de en medio.

—¿Cómo? —Dijo, dando un paso hacia atrás—. ¿Qué infiernos quieres decir?

—Lo sabes perfectamente.

—¡No lo sé! Ella. es feliz en su matrimonio, tiene dos críos, es mayor que yo; somos amigos, claro, pero nunca ha existido nada entre nosotros que debiéramos ocultar y. —Scobie tragó saliva—. ¿Crees acaso que estoy enamorado de ella?

Ames apartó la mirada. Sus dedos se movían nerviosamente.

—No pienso ser una mera distracción para ti, Colín. Ya tienes suficientes maneras de pasar el tiempo. Tenía la esperanza de que. Pero me equivocaba, por lo tanto es mejor romper esta relación ahora, antes de que tenga que lamentarlo mucho más en el futuro.

—Pero Dee, te juro que no estoy enamorado de nadie más y yo te juro que para mí eres más que un cuerpo, eres una persona magnífica y... —Ella seguía muda,

como ausente. Scobie se mordió el labio antes de confesárselo—. De acuerdo, la admito. Me presenté voluntario para este viaje por culpa de que tuve un asunto amoroso en la Tierra y del que salí bastante mal parado. Con eso no quiero decir que el proyecto no me interese, me doy cuenta de que representa una parte muy importante de mi vida. Dee, tú has sido quien me ha ayudado a sentirme más a gusto en mi situación actual que cualquier otra mujer.

Ella frunció el ceño.

—Pero no tanto como te ha ayudado tu psicodrama, ¿verdad?

—Eh, debes pensar que estoy obsesionado con el juego. No lo estoy. Resulta divertido y oh, quizá «divertido» sea una forma poco adecuada de definirlo pero, de todos modos, son sólo grupos de gente que se reúnen de forma regular para practicarlo. Es como mi esgrima, o como un club de ajedrez o cualquier otra cosa.

Ella se irguió, enderezando los hombros.

—Entonces, muy bien —dijo—, ¿vas a cancelar la cita que has hecho y pasar tus vacaciones conmigo?

—Yo, eh, no puedo hacerlo. Ahora ya no. Kendrick no se encuentra en la periferia de los acontecimientos actuales, está relacionado estrechamente con todos los otros. Si no aparezo le estropearé la diversión a todos los del grupo.

Sus ojos se clavaron en él.

—Muy bien. Una promesa es una promesa, o eso me imaginaba yo. Pero luego. No temas. No estoy intentando atraparte. No serviría de nada, ¿verdad? De todos modos, si mantengo nuestra relación actual, ¿abandonarás ese juego tuyo?

—No puedo. —Sintió que la ira se apoderaba de él—. ¡No, maldita sea! —rugió.

—Entonces, adiós, Colin —dijo ella, y se fue.

Él permaneció varios minutos contemplando la puerta que ella había cerrado al salir.

A diferencia de los grandes navíos que exploraban la vecindad de Titán y Saturno, las naves que se posaban en los satélites carentes de atmósfera eran simples lanzaderas Luna-espacio modificadas, aparatos en los que se podía confiar aunque su capacidad era bastante limitada. Cuando la rechoncha silueta de la nave se perdió tras el horizonte, Garcilaso utilizó su radio:

—Ya estamos lejos del bote, Mark. Debo confesar que así se ve mejor el paisaje.

Uno de los microsátélites que habían sido sembrados en la órbita se encargó de transmitir sus palabras.

—Entonces, será mejor que empieces a dejar tu rastro —le recordó Danzig.

—Vaya, vaya, realmente es de los que están en todo, ¿eh?

Sin embargo, Garcilaso desenfundó la pistola rociadora que llevaba en la cadera y trazó un círculo de vivida pintura fluorescente en el suelo. Repetiría la misma operación a intervalos más o menos regulares hasta que su grupo llegara al glaciar.

Salvo donde el regolito estaba cubierto con una gruesa capa de polvo, los pies no dejaban demasiada huella por la falta de la gravedad y al andar por encima de una extensión de roca no había huella alguna.

¿Andar?, qué digo, saltar. Los tres daban saltos exultantes, sin que apenas les molestara el peso de los trajes espaciales, con sus unidades de soporte vital y los paquetes de herramientas y raciones. El suelo parecía huir bajo sus pies, y el hielo que se alzaba ante ellos era cada vez más alto y claro, como un espectáculo cuya magnificencia iba en constante aumento.

En realidad era algo indescriptible. Se podría hablar de suaves laderas en la parte baja y de murallas en lo alto, llegando quizá hasta el centenar de metros, con algunas estribaciones que subían aún más arriba. Se podía hablar de la grácil curvatura de las terrazas que ascendían por esas laderas, de parapetos hechos de encaje y angostos barrancos y aperturas en forma de arco que daban a cavernas llenas de maravillas, del azul misterioso que había en las profundidades y de tonalidades verdosas allí donde la luz atravesaba las zonas casi transparentes, del centelleo de las gemas incrustadas en una blancura donde la radiación y la sombra trazaban sus mándalas, y nada de eso serviría para entenderlo mejor que la referencia, totalmente inadecuada, hecha antes por Scobie sobre el Gran Cañón.

—Alto —dijo, por onceava vez—. Quiero tomar unas cuantas fotos.

—¿Las entenderá alguien que no haya estado aquí? —murmuró Broberg.

—Probablemente no —dijo Garcilaso, hablando también en un susurro—. Quizá somos los únicos en lograr entender esto.

—¿A qué te refieres? —preguntó la voz de Danzig.

—No importa —dijo secamente Scobie.

—Creo que lo sé —dijo el químico—. Sí, es un escenario magnífico pero estáis dejando que os hipnotice.

—Si no dejas de decir tonterías —le advirtió Scobie—, te sacaremos del circuito. Maldita sea, tenemos trabajo que hacer. Deja de molestarnos.

Danzig lanzó un suspiro.

—Lo siento. Esto, ¿habéis encontrado algún dato sobre la naturaleza de todo este sitio?

Scobie enfocó su cámara.

—Bien —dijo, algo calmado—, por la diferencia entre los colores y las texturas, así como la evidente diferencia de las formas, se puede tratar efectivamente de lo que sugería el espectro de radiación mandado por la sonda. La composición es una mezcla o una superposición de materiales distintos, o puede que las dos cosas a la vez, y varía de un lugar a otro. Es obvio que aquí hay agua helada, pero estoy casi seguro de que también hay dióxido de carbono y podría apostar a que encontraremos amoníaco, metano y puede que cantidades menores de otras sustancias.

—¿Metano? ¿Eso podría seguir siendo sólido a la temperatura ambiente en el vacío?

—Tendremos que descubrirlo para estar seguros. De todas formas, yo diría que la mayor parte del tiempo hace el frío necesario, al menos para los estratos de metano que se encuentran en el interior, soportando cierta presión.

En los rasgos de Broberg, encerrados por el globo de vitrilo de su casco, podía verse un gran deleite.

—¡Esperad! —exclamó—. Tengo una idea sobre lo que le pasó a la sonda después de posarse. —Tragó aire—. Recordaréis que bajó casi al pie del glaciar.

Nuestra imagen del lugar desde el espacio parecía indicar que la enterró una avalancha, pero no lográbamos comprender lo que podía haber desencadenado tal fenómeno. Bueno, supongamos que había una capa de metano justo en el peor sitio posible y que se derritiera. Puede que la calentara la radiación de las toberas y que luego el haz de radar, utilizado para trazar los contornos del mapa, acabara de añadir los últimos grados necesarios. La capa se derritió y con ella acabó cayendo todo lo que sostenía.

—Plausible —dijo Scobie—. Te felicito, Jean.

—¿Nadie pensó antes en esa posibilidad? —dijo Garcilaso en tono burlón—. ¿Con qué clase de científicos hemos estado arreglándonos?

—Con los que se vieron abrumados por el trabajo después de que llegáramos a Saturno, y aún más abrumados a medida que empezamos a recibir datos —replicó Scobie—. El universo es mayor de lo que tú o nadie pueda imaginar, cabeza loca.

—Oh. Claro. No quería ofender a nadie. —Garcilaso se volvió nuevamente hacia el hielo—. Sí, nunca nos quedaremos sin misterios, ¿verdad?

—Nunca —los ojos de Broberg brillaban como dos enormes estrellas—. En el corazón de las cosas siempre habrá magia. El rey de los elfos gobierna.

Scobie guardó nuevamente la cámara en su bolsa.

—Basta de charla, sigamos —ordenó lacónicamente.

Sus ojos se encontraron por un segundo con los de Broberg. Bajo esa extraña luz que venía del hielo todos pudieron ver que primero palidecía y luego se ponía roja, saltando después hacia lo lejos.

«Ricia había ido sola al Bosque de la Luna en el solsticio de verano. El rey la encontró allí y se la llevó con él, tal y como ella había esperado. El éxtasis se convirtió en terror cuando acabó agotando sus fuerzas de ser humano; pero su cautiverio en la Ciudad del Hielo le trajo muchas más horas parecidas, así como bellezas y maravillas desconocidas entre los mortales. Alvarlan, su mentor, envió su espíritu a buscarla, y él mismo se extravió, maravillado ante sus hallazgos. Tuvo que hacer un gran esfuerzo de voluntad para decirle a sir Kendrick de las Islas dónde se encontraba, aunque le había prometido su ayuda para liberarla».

»N’Kuma el Matador de Leones, Bela de la marca del Este, Karina Lejano Oeste, Dama Aurelia, Olav Maestre del Arpa... ninguno de ellos había estado presente cuando todo ocurrió.

El glaciar (un nombre poco apropiado para algo que quizá no existiera en ninguna otra parte del sistema solar) se alzaba bruscamente de la llanura como una gran muralla. Inmóviles ante él, ninguno de los tres pudo ver hasta dónde llegaba. Sin embargo, pudieron ver que se curvaba hacia arriba en un ángulo muy pronunciado hasta llegar a un risco muy abrupto. En los incontables cráteres se agazapaban sombras azuladas. El sol había subido lo suficiente como para engendrarlas: el día de Japeto es como setenta y nueve días de la Tierra.

La pregunta de Danzig chisporroteó en sus audífonos.

—¿Estáis satisfechos ahora? ¿Volveréis antes de que os sorprenda otro alud?

—Ya no habrá más aludes que nos sorprendan —replicó Scobie—. No somos un vehículo, y está claro que esta configuración local lleva un siglo o más ahí.

Además, ¿de qué servirá una expedición tripulada si nadie investiga nada?

—Veré si puedo trepar por ahí —se ofreció Garcilaso.

—No, espera —le ordenó Scobie—. He tenido experiencia con montañas y ventisqueros, puede que eso sirva de algo aquí. Deja que os marque ruta antes de subir.

—¿Vais a meteros todos en esa cosa? —explotó Danzig—. ¿Es que os habéis vuelto todos locos?

Scobie frunció el ceño y apretó los labios.

—Mark, te lo advierto de nuevo: si no controlas tus emociones te desconectaremos. Si yo decido que es seguro, subiremos un trecho.

Por la falta de gravedad empezó a flotar lentamente en un movimiento de vaivén mientras estudiaba el jókull. En seguida se podía distinguir que las capas y los bloques eran de distintas sustancias, como bloques cuadrados puestos uno junto al otro por un albañil élfico, eso cuando eran tan enormes que sólo un gigante podría haberlos tallado. Los pequeños cráteres podían ser puestos de vigilancia situados en este risco, la muralla inferior de las defensas de la ciudad.

Garcilaso, que normalmente era el más animado de los hombres, permaneció inmóvil dejando que su visión se esfumara. Broberg se arrodilló para examinar el suelo, pero sus ojos no dejaban de extraviarse en la lejanía.

Finalmente les hizo una seña.

—Colin, por favor, ven aquí —dijo—. Creo que he descubierto algo.

Scobie se reunió con ella. Al ponerse en pie, ella recogió un puñado de finas partículas negras del sitio donde se había arrodillado y lo dejó resbalar por entre sus dedos.

—Sospecho que ésta es la razón de que la transición al hielo sea tan brusca —le

dijo.

—¿Qué es? —preguntó Danzig desde lejos. Pero no obtuvo respuesta alguna.

—Me he dado cuenta de que cuanto más avanzábamos más polvo había — continuó diciendo Broberg—. Si cae sobre zonas de materia congelada que se encuentran aisladas de la masa principal y acaba cubriéndolas, absorberá el calor solar hasta que se derritan o, lo que es más probable, hasta que se sublimen. Incluso las moléculas de agua podrían escapar al espacio con esta gravedad tan débil. La masa principal era demasiado grande para ello: la ley del cuadrado inverso. Aquí los granos de polvo se limitarían a derretir el hielo durante un corto espacio y luego acabarían cubiertos a medida que el material que los rodee caiga sobre ellos, con lo que el proceso se detendría.

—Hum —Scobie alzó la mano para rascarse el mentón, se encontró con su casco y sonrió, divertido por su propio olvido—. Suena bastante razonable. Pero ¿de dónde vino tanto polvo?, y si a eso vamos ¿de dónde salió el hielo?

—Creo... —Bajó tanto la voz que apenas si pudo oírla. Y sus ojos se volvieron hacia Garcilaso. Scobie no podía apartar la mirada de su rostro y de su perfil recortado contra las estrellas—. Creo que esto tiene relación con tu hipótesis del cometa, Colin. Un cometa chocó con Japeto. Su dirección se debía a que llegó tan cerca de Saturno que se vio obligado a efectuar un giro muy brusco alrededor del planeta. Era enorme; su hielo cubrió casi un hemisferio, pese a que gran parte de él debió de perderse vaporizado. El polvo procede en parte de él y en parte fue generado por el impacto.

Él posó su mano sobre la coraza que le protegía el hombro.

—Tú teoría Jean. Yo no he sido el primero en proponer esa hipótesis del cometa, pero tú fuiste la primera en corroborarla con detalles.

Ella no pareció prestar atención a su comentario y siguió hablando en un murmullo.

—El polvo puede explicar también la erosión que fue creando esas maravillosas formaciones. Hizo que se fundieran capas distintas y que en la superficie se diera un proceso de sublimación, siguiendo el modo en que se distribuyó al caer, y según las mezclas de hielo a las que se agarró, hasta que éste fue barrido o quedó cubierto.

Los cráteres, tanto los pequeños como los grandes que hemos observado desde arriba, no tienen un mismo origen pero es similar. Meteoritos.

—Cuidado con eso —protestó él—. Cualquier meteorito de un tamaño apropiado para ello liberaría la suficiente energía capaz de fundir casi todo el campo de hielo.

—Lo sé. Eso quiere decir que la colisión con el cometa tuvo que ser reciente, de hace menos de mil años, o de lo contrario no estaríamos viendo hoy este milagro.

Desde entonces no se ha producido todavía ningún choque de importancia. Tan sólo pequeñas piedras, arena cósmica y polvo que estaban en órbita alrededor de

Saturno, y que cuando se estrellan lo hacen a una velocidad relativamente baja. La mayoría, a lo más que llegan es a marcar el hielo. Sin embargo, al posarse en él y por ser más oscuras recogen el calor solar y vuelven a irradiarlo, fundiendo así todo lo que les rodea, hasta que terminan por hundirse. Las concavidades que dejan reflejan la radiación incidente a su alrededor, y de ese modo continúan creciendo. El efecto perdigonada. Y, ya que distintos hielos tienen propiedades diferentes, no se obtienen unos cráteres perfectamente lisos sino esos cuencos fantásticos que vimos antes de posarnos.

—¡Por Dios! —Scobie la abrazó—. Eres un genio.

Sus cascos se tocaban por la proximidad, ella sonrió y dijo:

—No. Es obvio, una vez que has estado aquí para verlo. —Se quedó callada durante unos segundos mientras seguían abrazados—. Admito que la intuición científica es algo raro —dijo por fin—. Al considerar el problema, apenas si me di cuenta de que mi mente lógica estuviera cavilando en él. Lo que pensé fue: «Aquí está la Ciudad del Hielo, hecha con piedras de las estrellas que un dios hizo caer del cielo».

—¡Jesús y María!

—Garcilaso giró en redondo para mirarles.

Scobie soltó a Broberg.

—Buscaremos algún tipo de confirmación —dijo con voz trémula—. Iremos al gran cráter que vimos a unos cuantos kilómetros de distancia. La superficie parece lo bastante segura como para andar sobre ella.

—A ese cráter le llamé el Salón de Baile del rey de los elfos —dijo Broberg con voz pensativa, como si estuviera recordando un sueño.

—Tened cuidado —dijo Garcilaso con una seca carcajada—. Ahí delante hay un montón de poderosa magia. Y el rey no es más que un heredero; fueron los gigantes quienes construyeron estas murallas, ¡por los dioses!

—Bueno, tenemos que encontrar una entrada, ¿no? —respondió Scobie.

—Por supuesto —dice Alvarlan—. No podré guiaros a partir de ahora. Mi espíritu sólo puede ver a través de ojos mortales. Lo único que puedo hacer es prestaros mi consejo hasta que lleguemos junto a las puertas.

—¿Qué os pasa, es que divagáis dentro de vuestro propio cuento de hadas, o qué? —gritó Danzig—. ¡Volved antes de que acabéis todos muertos!

—¿Quieres calmarte? —le dijo Scobie con un gruñido de rabia—. Es sólo un modo de hablar entre nosotros. Si no puedes entenderlo, es que tu cerebro funciona mucho peor que los nuestros.

—¿Quieres escucharme? No he dicho que estés loco. No estáis teniendo alucinaciones ni nada parecido. Lo único que digo es que habéis dirigido vuestras fantasías hacia un lugar como éste, y ahora que la realidad las ha reforzado, os

encontráis bajo un hechizo que sois incapaces de reconocer. ¿Acaso avanzaríais de modo tan temerario en cualquier otro lugar del universo? ¡Piénsalo!

—Basta ya. Reanudaremos el contacto cuando hayas tomado el tiempo suficiente para mejorar tus modales.

—Scobie desconectó de una manotazo el interruptor principal de su radio, y sus compañeros hicieron lo mismo. Los circuitos que quedaron activados servían sólo para la comunicación de corto alcance, no tenían la energía suficiente para llegar a los transmisores en órbita.

Los tres se enfrentaron al imponente espectáculo que ante ellos se alzaba.

—Cuando estemos dentro puedes ayudarme a encontrar a la princesa, Alvarlan —dice Kendrick.

—Puedo hacerlo y lo haré —jura el hechicero.

—Te espero, oh tú que eres el más fiel de todos mis amantes —dice Ricia con voz melosa.

—¡Oh, maldito sea ese juego para siempre! —sollozó Danzig, solo en la nave espacial Sus palabras se perdieron en el vacío.

Capítulo III

CONDENAR el psicodrama incluso en esta versión ampliada, sería condenar la naturaleza humana.

Empieza en la infancia. Jugar es algo necesario para el animal inmaduro: es un medio de conocer el cuerpo, las percepciones y el mundo exterior. El joven ser humano juega y debe jugar también con su cerebro.

Cuanto más inteligente es el niño, más ejercicios necesita su imaginación. Hay varios grados de actividad para ello; desde la contemplación pasiva de un espectáculo en la pantalla, hasta la lectura, el soñar despierto, el contar historias y el psicodrama, aunque el niño no utiliza una palabra tan sofisticada para nombrarlo.

No resulta fácil describir esta conducta, ya que suele cambiar según la forma y el curso que siga, dependiendo de una número casi infinito de variantes. El sexo, la edad, la cultura y los compañeros son los más obvios. Por ejemplo, en la Norteamérica preelectrónica, las niñas solían jugar a «casitas» y los niños a «indios y vaqueros» o «ladrones y policías». Sin embargo hoy en día un grupo normal de sus descendientes jugará posiblemente a «delfines» o «astronautas y alienígenas». En esencia la cosa es así; se forma un pequeño grupo, y cada uno de los individuos crea un personaje que representar o toma uno prestado de la ficción. Pueden utilizarse utensilios sencillos, tales como armas de juguete o un objeto encontrado por casualidad (un palo, por ejemplo), y éstos se pueden convertir en otros, como un detector de metales. También puede darse el caso de que esos objetos, así como el decorado sean totalmente imaginarios. Los niños pueden representar un drama que van componiendo a medida que juegan. Cuando no pueden ejecutar físicamente cierta acción, la describen: «Doy un salto realmente grande, como éstos que se pueden dar en Marte, y vuelo por encima del borde de ese viejo Valle Marineris y cojo al bandido por sorpresa». Es posible dar vida mediante un acto de fe, a todo un amplio reparto de personajes, especialmente a los villanos.

El miembro más imaginativo del grupo domina el juego y el desarrollo de su línea argumental, aunque lo haga de un modo bastante sutil ofreciendo las variantes más vividas. Sin embargo, esta forma altamente desarrollada del psicodrama no atrae a todo el mundo, por ejemplo a las personas que suelen ser más brillantes de lo normal. Pero para aquéllos que sí les atrae, los efectos son beneficiosos y duran toda la vida. Aparte de incrementar su creatividad, les permite probar mediante esa versión del juego diferentes papeles y experiencias adultas. Gracias a ello empiezan a comprender cómo será la edad

adulta.

Este tipo de representación suele cesar al entrar en la adolescencia, y a veces antes. Pero sólo cesa en teoría y no necesariamente para siempre. Los adultos tienen muchos juegos de tipo onírico. Esto puede verse claramente en las logias, por ejemplo, con sus títulos, trajes y ceremonias; pero, además, ¿no es lo que anima todo tipo de disfraz y ritual? ¿Hasta qué punto nuestros actos de heroísmo, sacrificios y superaciones del ego son manifestaciones en las que se interpreta el personaje elegido? Algunos pensadores han intentado rastrear este elemento a lo largo de toda la sociedad.

Aquí, sin embargo, nos preocupa el psicodrama abierto entre adultos. En la civilización occidental apareció por primera vez en una escala digna de atención a mitad del siglo veinte. Los psiquiatras descubrieron que era un técnica de diagnóstico y terapia muy poderosa. Entre la gente corriente, los juegos de guerra y de fantasía, muchos de los cuales implicaban la identificación con personajes imaginarios o históricos, se hicieron cada vez más populares. En parte ello se debía indudablemente a una supresión de las restricciones y amenazas de aquella desgraciada época, pero es probable que para la mayoría se tratara de una rebelión de la mente contra las distracciones inactivas, básicamente la televisión, que había llegado a dominar el campo de los entretenimientos.

El caos puso fin a tales actividades. Pero volvieron a estar en auge en épocas recientes, es de esperar que sea por razones más sanas. Proyectando escenas tridimensionales con los sonidos adecuados a partir de un banco de datos (o, mejor aún, haciendo que una computadora se encargue de producirla según se le vaya pidiendo), los jugadores consiguen una sensación de realidad que intensifica su compromiso mental y emotivo. Sin embargo, en esos juegos que prosiguen episodio tras episodio durante años y años de tiempo real, cada vez que dos o más miembros de un grupo se reunían para jugar, fueron descubriendo que dependían cada vez menos de tales aparatos. Daba la impresión de que, mediante la práctica, habían logrado recuperar la vivida imaginación de su infancia y que podían modificar lo real y convertirlo en los objetos y mundos que deseaban, llegando incluso a crearlos de la nada.

Por esa razón, me ha parecido necesario recordar lo obvio para que podamos verlo desde una perspectiva adecuada. Las noticias que nos llegaron de Saturno han provocado una repulsa generalizada. (¿Por qué? ¿Qué miedos ocultos han sido afectados? Éste es un tema que debería ser sometido a investigación por su importancia potencial). De la noche a la mañana el psicodrama adulto se ha vuelto impopular; puede que llegue a extinguirse. En muchos aspectos eso sería una tragedia aún peor que la ocurrida en el lejano

espacio. No hay razón alguna para suponer que el juego haya causado daños a cualquier persona de mente equilibrada en la Tierra; antes al contrario. No cabe la menor duda de que ha servido de ayuda a los astronautas para mantenerse cuerdos y alerta en misiones largas y difíciles. Si está en desuso entre los médicos, es debido a que la psicoterapia ha llegado a ser una rama de la bioquímica aplicada.

Y en este último hecho, unido a la falta de experiencia que tiene el mundo moderno en cuanto a la locura, se encuentra la raíz de lo ocurrido. Aunque no podría haber predicho con exactitud el desenlace final, un psiquiatra del siglo veinte podría haber advertido de los peligros que presentaba el pasar ocho años, un lapso de tiempo sin precedentes, en un medio ambiente tan extraño como el de la Cronos. Desde luego que este medio ambiente es extraño pese a todos los esfuerzos que se hicieron: limitado, totalmente controlado por el hombre, despojado de innumerables impulsos para los cuales nos ha ido moldeando nuestra evolución en la Tierra. Hasta el momento los colonos extraterrestres han tenido a su disposición un número casi ilimitado de simulacros y compensaciones, entre los cuales el contacto pleno con el hogar y las oportunidades frecuentes de visitarlo son probablemente las más significativas. El viaje a Júpiter era largo, pero sólo la mitad que el viaje hasta Saturno. Lo más relevante es que los científicos del Zeus, puesto que eran los primeros, tuvieron que hacer muchas investigaciones para mantenerse ocupados durante el trayecto. Pero carecería de objeto que los viajeros posteriores volvieran a hacer estas investigaciones; en ese momento, el espacio interplanetario entre los dos gigantes ya contenía pocas sorpresas.

Los psicólogos contemporáneos se daban cuenta de ello. Comprendieron que las personas más adversamente afectadas serían las más inteligentes, dinámicas e imaginativas: aquéllas de las que podía suponerse harían los descubrimientos que motivaban la misión a Saturno. Estando menos familiarizados que sus predecesores con el laberinto que se oculta detrás de cada conciencia humana, con su Minotauro en el centro, los psicólogos sólo esperaban consecuencias benignas de los psicodramas que la tripulación engendrara.

Minamoto.

La designación de equipos no se hizo con anterioridad a la partida. Lo más inteligente era permitir que la capacidad profesional de cada uno se fuera revelando y creciendo durante el viaje, y que sucediera lo mismo con las relaciones personales. Con el tiempo, esos factores ayudarían a decidir qué individuos debían ser entrenados

para determinadas tareas. En un grupo de jugadores, la participación prolongada forjaba normalmente lazos de amistad muy deseables, si los miembros de ese grupo poseían las capacidades requeridas.

En la vida real, Scobie siempre se había comportado con Broberg con la más estricta cortesía. Era atractiva pero también monógama, y él apreciaba a su esposo.

(Tom nunca participó en el juego. Como astrónomo tenía muchas cosas en las que mantener felizmente ocupada su atención). Ya habían jugado juntos durante un par de años, y su grupo había adquirido tantos personajes como podían tener cabida en un argumento cuyo medio ambiente y jugadores se estaban haciendo ya muy complejos, antes de que Scobie y Broberg mantuvieran una conversación tan íntima.

Cuando eso ocurrió, la historia que interpretaban también pasaba por una fase similar y quizá no se debiera al azar que ambos se encontraran cuando disponía de varias horas libres. El encuentro tuvo lugar en la zona recreativa carente de gravedad que se hallaba en el eje de giro. Estuvieron haciendo acrobacias, gritando y riendo, hasta sentirse agradablemente cansados: luego fueron al club, entregaron sus trajes ala y se dieron una ducha. No se habían visto desnudos con anterioridad, y ninguno de los dos hizo comentario alguno, pero Scobie no disimuló demasiado el placer que le causaba verla, mientras que Broberg se sonrojaba y apartaba la mirada con todo el tacto de que era capaz. Luego, ya vestidos, decidieron beber algo antes de irse a casa, y fueron al bar.

Dado que se estaba aproximando ya el turno de noche, tuvieron el lugar para ellos solos. Él tecló un escocés y ella un Pinot Chardonnay. La máquina obedeció sus instrucciones y salieron a la terraza para tomar sus bebidas. Se instalaron en una mesa y contemplaron la inmensidad. El club había sido construido en un nivel de gravedad lunar. Por encima de ellos veían el cielo en el que se habían movido cual pájaros. Los soportes dispuestos a grandes intervalos parecían como nubes que apenas limitaban la visión de la inmensidad de este espacio abierto. Hacía adelante se veían otras cubiertas, una compleja amalgama de masa y siluetas que a esta hora, al oscurecer, parecía misteriosa. Entre esas sombras se podían distinguir los bosques, los arroyos y los pequeños lagos que relucían o se apagaban bajo la luz de las estrellas que colmaban las franjas dedicadas a la visión celeste. A la izquierda y a la derecha se extendía el casco hasta perderse de vista, una inmensa extensión oscura en la que se hundían las pocas luces encendidas.

El aire era fresco, olía levemente a jazmines y estaba cargado de silencio. Bajo el silencio, atravesándolo de un modo imperceptible, latían los incontables ritmos de la nave.

—Magnífico —dijo Broberg en voz baja, mirando a lo lejos—. Vaya sorpresa.

—¿Cómo? —le preguntó Scobie.

—Sólo había estado aquí en el turno de día. No había pensado que bastase una

rotación de los reflectores para hacer que esto fuera tan maravilloso.

—Oh, yo no despreciaría la vista que hay de día. Es impresionante.

—Sí, pero..., pero entonces se ve con demasiada claridad que todo es obra del hombre, que no hay nada libre, salvaje, desconocido. El sol esconde las estrellas; es como si no existiera universo alguno más allá de este cascarón en el que nos hallamos. Esta noche es como estar en Maranoa. «El reino del cual es princesa Ricia, un reino lleno de viejos caminos, tierras salvajes y encantamientos insondables»...

—Hum... sí, a veces yo también me siento atrapado —admitió Scobie—. Pensé que el viaje valdría la pena porque me permitiría estudiar muchos datos geológicos, pero mi proyecto no está llegando a ningún sitio demasiado interesante.

—Me ocurre lo mismo —Broberg se irguió en su asiento, y se volvió hacia él esbozando una sonrisa. La penumbra suavizaba sus rasgos y la hacía parecer más joven—. Claro que no debemos sentir compasión por nosotros mismos. Estaremos seguros y cómodos hasta que lleguemos a Saturno. Después de eso no creo que vayan a faltarnos ni emociones ni material sobre el que trabajar durante el trayecto de vuelta.

—Cierto —Scobie alzó su bebida—. Bien, Skoal. Espero que no lo haya pronunciado demasiado mal.

—¿Cómo voy a saberlo? —dijo ella, riendo—. Mi nombre de soltera era Almyer.

—Es cierto, tú adoptaste el apellido de Tom Estaba distraído. Aunque la verdad es que eso no suele ser muy común hoy en día, ¿no?

Ella extendió las manos hacia Scobie.

—Mi familia es muy agradable pero eran, no, son católicos de Jerusalén. En algunas cosas son muy estrictos, incluso se podría decir arcaicos —alzó su copa de vino y tomó un sorbo—. Oh, sí, he dejado la iglesia pero en más de un aspecto la iglesia jamás me dejará a mí.

—Ya entiendo. No es que pretenda fisgonear pero bueno, creo que eso explica ciertos rasgos de tu carácter que me parecieron algo extraños.

Ella lo contempló por encima del borde de su copa.

—¿Como cuáles?

—Bueno, dentro de ti hay mucha vida y vigor y sabes divertirte, pero también, ¿cuál es la palabra exacta?, eres mucho más hogareña de lo habitual. Me has dicho que fuiste un tranquilo y callado miembro de la facultad, en la universidad de Yukon, hasta que te casaste con Tom —Scobie sonrió—. Dado que tuvisteis la amabilidad de invitarme a vuestra última fiesta de aniversario y que sé cuál es tu edad actual, deduzco que entonces tenías treinta años. —No mencionó cuán probable le parecía que en aquel entonces fuera también virgen—. Aun así, oh, olvídale. Dije que no pretendía fisgonear.

—Sigue, Colin —le instó ella—. Desde que me hiciste conocer su poesía hay una

línea de Burns que se me ha quedado en la cabeza: «¡Vernos cual los otros nos ven!». Dado que al parecer podemos visitar el mismo satélite.

Scobie tomó un buen trago de escocés.

—Oh, no es gran cosa —dijo, sintiéndose extrañamente incómodo—. Bien, si quieres saberlo, tengo la impresión de que el hecho de estar enamorada no fue la única razón por la que te casaste con Tom Ya le habían aceptado para esta expedición y, dadas tus capacidades personales, era de esperar que te aceptarían también a ti. Para decirlo brevemente, te habías cansado de la respetabilidad rutinaria y éste era un buen camino para tapar toda huella de tu vida anterior. ¿Acierto?

—Sí. —Sus ojos le examinaron atentamente, sin apartarse de su rostro—. Eres más perspicaz de lo que pensaba.

—No, en realidad, no. No soy más que un endurecido buscador de piedras. Pero Ricia me ha permitido ver que eres algo más que una buena esposa, madre y científica. —Ella abrió los labios y él levantó una mano—. No, por favor, déjame terminar. Ya sé que no resulta de muy buena educación decir que el personaje que uno interpreta no es más que el reflejo de lo que uno desearía ser y no pretendo afirmar tal cosa. Está muy claro que tú no deseas ser una mujer aguerrida con amantes por doquier, más de lo que yo deseo cabalgar por ahí cortándole el cuello a todo un variado surtido de enemigos. Aun así, si hubieras nacido en el mundo de nuestro juego y te hubieras educado en él, estoy seguro de que te parecerías mucho a Ricia. Y ese potencial es parte de ti, —Jean. Acabó lo que le quedaba de su bebida—. Si he hablado demasiado, te ruego que me disculpes. ¿Quieres otra copa?

—Será mejor que no, pero no dejes que eso te detenga si tú quieres otra.

—Claro que no.

Se puso en pie y fue hacia el bar.

Cuando volvió se dio cuenta de que ella le había estado observando a través de la puerta de vitriolo. Volvió a sentarse y ella sonrió, inclinándose levemente sobre la mesa.

—Me alegro de que me hayas contado todo esto. Ahora puedo contarte por fin las complicaciones que revela tu Kendrick —le dijo con dulzura.

—¿Cómo? —le preguntó Scobie, sinceramente sorprendido—. ¡Vamos! Es un vagabundo provisto de espada y escudo, un tipo al que le gusta viajar, igual que a mí; y cuando era joven fui tan pendenciero y bravucón como él, nada más.

—Puede que le falte pulirse un poco pero es un caballero, un gobernante compasivo, alguien que conoce las sagas y las tradiciones, que sabe apreciar la poesía y la música, un buen bardo dentro de sus limitaciones. Ricia le echa de menos. ¿Cuándo volverá de su última misión?

—Tengo que volver a casa enseguida. N’Kuma y yo conseguimos despistar a esos piratas y atracamos en Haverness hace dos días. Después de enterrar el botín él quería

visitar a Bela y a Karina para acompañarles en lo que estuvieran haciendo, así que nos despedimos durante un tiempo.

Scobie y Harding habían pasado últimamente unas cuantas horas concluyendo esa aventura suya. El resto del grupo había estado durante cierto tiempo ocupado con sus vidas cotidianas.

Los ojos de Broberg demostraron cierta sorpresa.

—¿De Haverness a las Islas? Pero si yo estoy en el castillo Devaranda, justo a medio camino.

—Tenía esa esperanza.

—Estoy impaciente por oír tu historia.

—Sigo avanzando después del anochecer. La luna brilla en el cielo, y tengo un par de monturas de recambio que compré con unas cuantas monedas de oro del botín. —«El polvo blanco se agita bajo el estruendo de los cascos. Cada vez que la herradura de un caballo golpea un guijarro de pedernal, hace saltar una nube de chispas». Kendrick frunce el ceño—. Tú estás con ¿cómo se llama? ¿Jorán el Rojo? No me gusta.

—Le despedí hace un mes. Empezó a pensar que el compartir mi lecho le daba autoridad sobre mí. Nunca fue más que un capricho pasajero. Ahora me encuentro sola en la torre del Gavilán, contemplando los campos iluminados por la luna que se extienden hacia el sur, y preguntándome qué será de ti. El camino fluye hacia mí como un río grisáceo. ¿Estoy viendo llegar a lo lejos un jinete al galope?

Después de tantos meses de juego no hacía falta ninguna pantalla con imágenes. «Los estandartes ondean entre las estrellas impulsados por el viento de la noche».

—Estoy llegando. Hago sonar mi cuerno para despertar a los centinelas de la puerta.

—Cuán bien recuerdo esas alegres notas.

Esa misma noche Kendrick y Ricia se hicieron amantes. Teniendo experiencia en el juego y deseando mantener su etiqueta, Scobie y Broberg no revelaron detalle alguno sobre su unión; nunca se tocaron, limitándose a una que otra mirada ocasional y su despedida final estuvo por completo dentro de los límites del decoro.

Después de todo, era sólo una historia que habían compuesto sobre dos personajes ficticios en un mundo que nunca existió.

Las partes inferiores del jókull se alzaban formando una serie de terrazas cóncavas de gran profundidad; los humanos fueron rodeándolas y admiraron las extravagantes formaciones que se encontraban bajo ellos. Los nombres iban brotando de sus labios: el Jardín de Hielo, el Puente Fantasma, el Trono de la Reina de las Nieves, «mientras Kendrick avanza hacia la ciudad, y Ricia le aguarda en el Salón de Baile, y el espíritu de Alvarlan viene y va llevando mensajes entre ellos de tal modo que es como si también ella estuviera viajando junto a su caballero». Pese a todo,

avanzaron con cautela y buscando señales de peligro, especialmente allí donde hubiese un cambio en la textura, el color o cualquier otro aspecto de la superficie que pisaban que pudiese indicar un cambio en su naturaleza.

Por encima de la última escarpadura se alzaba un acantilado demasiado liso como para que fuera posible escalarlo, con o sin la gravedad de Japeto, «el muro de la fortaleza». Sin embargo, estando en órbita la tripulación había distinguido una abertura bastante cercana que formaba un paso, producido seguramente por un pequeño meteorito, «en la guerra entre los dioses y los magos, cuando las piedras bajaron cantando del cielo para sembrar la destrucción, maldiciendo esta tierra de tal modo que nadie osó construir de nuevo en ella». Ascendían por un paisaje de ensueño, rodeados por cimas que ardían bajo el crepúsculo azul que ellas mismas proyectaban, con el cielo convertido en una estrecha franja donde las estrellas parecían incendiarse con redoblada luminosidad.

—Tiene que haber centinelas en el paso —dice Kendrick.

—Sólo hay uno —responde en un susurro la mente de Alvarlan—, pero es un dragón. Si combates con él, las llamas y el ruido harán que todos los guerreros de este lugar caigan sobre ti. No temas. Me deslizaré en su ardiente cerebro y tejeré para él tal sueño que jamás te verá.

—El rey podría notar el hechizo —dice Ricia a través de él—. Ya que de todas formas quedarías separado de nosotros mientras cabalgas en la mente de esa bestia, yo me encargaré de hacer que se distraiga.

Kendrick frunce el ceño, sabiendo muy bien cuáles son los medios que posee para conseguirlo. Le ha dicho cuánto ansia la libertad y a su caballero; también le ha insinuado que en el amor los elfos superan a cualquier humano. ¿Desea acaso una última ocasión antes de su rescate? Bien, Ricia y Kendrick jamás se han prometido ni han practicado tampoco la fidelidad. Desde luego, Colin Scobie no lo había hecho. Se forzó a sonreír y siguió caminando rodeado de aquel silencio que ahora los dominaba a los tres.

Emergieron en lo alto de la masa helada y miraron a su alrededor. Scobie lanzó un silbido.

—Yo, yo. ¡Dios! —tartamudeó Garcilaso.

Sin darse cuenta, Broberg dio una palmada de puro asombro.

Debajo de ellos, el precipicio se desplomaba sobre los riscos y sus atormentadas formas cobraban ahora un aspecto totalmente fantasmagórico y nuevo, hecho de luces y sombras, hasta terminar en la llanura. Vista desde aquí arriba, la curvatura de la luna hacía que los dedos de los pies se tensaran en el interior de sus botas, como intentando agarrarse a lo que fuera para no salir volando por entre las estrellas que ahora no parecían brillar en lo alto, sino que rodeaban la esfera en que estaban. La nave espacial se alzaba como un objeto minúsculo sobre la negra piedra cubierta de

cráteres, igual que un cenotafio consagrado a la soledad.

Hacia el este, el hielo se extendía hasta más allá del horizonte, ahora mucho más cercano.

—Más allá podría estar el extremo del mundo —dijo Garcilaso.

—Sí, por ahí se encuentra la ciudad.

Concavidades de muchos tamaños, promontorios y barrancos se habían formado de tal manera, que ninguno de ellos se asemejaba a su vecino, convirtiendo lo que habría sido un simple paisaje en un laberinto irreal. Un puente alzaba su arabesco sobre la meta de los exploradores, subiendo más allá del horizonte. Todo lo que recibía luz, brillaba suavemente. Por muy radiante que fuera el sol aquí sólo arrojaba una luz como la que producían cinco mil lunas llenas sobre la Tierra. Hacia el sur, el enorme semidisco de Saturno emitía por sí solo la mitad de la claridad lunar; pero en esa dirección el terreno brillaba con pálidas tonalidades ambarinas.

Scobie salió de su estupor con un estremecimiento.

—Bien, ¿seguimos? —Su prosaica pregunta sorprendió a los otros; Garcilaso frunció el ceño y Broberg dio un leve respingo, pero se recobró rápidamente.

—Sí, y aprisa —dice Ricia—. Ya me encuentro otra vez en posesión de mi ser. ¿Has salido del dragón, Alvarlan?

—Sí —le informa el hechicero—. Kendrick se halla a salvo tras las ruinas de un palacio. Dinos cuál es el mejor modo de llegar hasta ti.

—Estás en la casa de la Corona, roída por el tiempo. Ante ti se encuentra la calle de los Fabricantes de Escudos.

Scobie frunció las cejas hasta convertirlas en una línea ininterrumpida.

—Ahora es mediodía, cuando los elfos no osan salir de sus refugios —dice Kendrick en un tono de voz pensativo y a la vez imperioso—. No deseo encontrarme con ninguno de ellos. Si no hay combates no habrá complicaciones. Vamos a rescatarte y huiremos sin más peligro.

Broberg y Garcilaso parecieron algo decepcionados pero le comprendían. Cuando alguien se niega a creer lo que uno de sus compañeros de juego introduce en él, el juego se rompe. Ocurría con frecuencia que el hilo de la narración quedara interrumpido durante muchos días. Broberg suspiró.

—Sigue la calle hasta que finalice en un foro donde brota una fuente de nieve —le indica Ricia—. Crúzalo y sigue por el bulevar Aleph Zain Lo reconocerás por la entrada en forma de cráneo con las mandíbulas abiertas. Si en algún lugar ves brillar un arco iris en el aire, quédate inmóvil hasta que haya desaparecido, pues será un lobo de la aurora...

Corriendo bajo la débil gravedad tardaron unos treinta minutos en recorrer la distancia. En la última parte del trayecto se vieron obligados a rodear grandes bancos de un hielo tan fino que resbalaba bajo las suelas de sus botas e intentaba engullirlas.

Antes de llegar a su destino encontraron varias capas de ese hielo, dispuestas a intervalos irregulares.

Una vez allí los viajeros permanecieron durante un tiempo inmóviles, atónitos y maravillados.

La concavidad que se hallaba a sus pies debía llegar casi hasta el lecho de roca, algo así como unos cien metros de distancia, y tenía dos veces esa anchura. En su borde se alzaba el muro que habían visto desde el acantilado, un arco que tenía cincuenta metros de largo por otros tantos de ancho y cuyo grosor en ningún sitio era inferior a los cinco metros, perforado por una compleja serie de hendiduras en forma de filigrana que relucían con un brillo verdoso allí donde no dejaban pasar la luz.

Era el borde superior de un estrato que se iba extendiendo en forma de dientes de sierra hasta el cráter. Había barrancos y estribaciones que aún parecían más dignas de un sueño. ¿Era aquello la cabeza de un unicornio? ¿Se veía allí una columnata de cariátides? ¿No había allí una glorieta de espigones helados? El fondo de la concavidad era como un lago de fría sombra azul.

—¡Has venido, Kendrick, amado mío! —exclama Ricia, arrojándose en sus brazos.

—Silencio —les advierte el espíritu de Alvarlan, el sabio—. No despertéis a nuestros enemigos inmortales.

—Sí, debemos volver —dijo Scobie, parpadeando—. Por el nombre de Judas, ¿qué nos ha pasado? Una cosa es divertirse, pero creo que hemos llegado mucho más lejos y hemos ido más aprisa de lo que resulta prudente, ¿no?

—Quedémonos un poco más —suplicó Broberg—. Este lugar es como un milagro, el salón de Baile del rey de los elfos, construido para él por el Señor de la danza.

—Recuerda que si nos quedamos aquí acabarán cogiéndonos y puede que tu cautiverio dure para siempre —Scobie activó con un seco golpe del pulgar el circuito principal de su radio—. Oye, Mark, ¿me recibes?

Ni Broberg ni Garcilaso le imitaron. No oyeron la voz de Danzig:

—¡Oh, sí! He estado todo el rato inclinado sobre el receptor royéndome los nudillos. ¿Cómo estáis?

—Bien. Estamos en el gran agujero y volveremos tan pronto como haya sacado unas cuantas fotos.

—Todavía no han inventado las palabras suficientes para que pueda decirte cuán aliviado me siento por eso. Desde un punto de vista científico, ¿el riesgo valía la pena? —Scobie jadeó, contemplando lo que tenía delante.

—¿Colín? —dijo Danzig—. ¿Sigues ahí?

—Sí. Sí.

—Te he preguntado si habéis hecho observaciones de importancia.

—No lo sé —murmuró Scobie—. No me acuerdo. Después de que empezamos a trepar nada me pareció real.

—Será mejor que volváis ahora mismo —dijo Danzig con voz preocupada—. Olvídate de esas fotos.

—Correcto —Scobie se volvió hacia sus compañeros—. Venga, en marcha.

—No puedo —responde Alvarlan—. Un hechizo errabundo ha envuelto mi espíritu en zarcillos de humo.

—Yo sé dónde hay oculta una daga de fuego —dice Ricia—. Intentaré robarla.

Broberg dio un paso hacia adelante, como si pensara bajar al cráter. Minúsculas esquirlas de hielo se desprendieron del borde al moverse sus botas. Podía perder fácilmente el equilibrio y resbalar hacia abajo.

—No, espera —le grita Kendrick—. Mi lanza está hecha con aleación lunar. Puede cortar.

El glaciar se estremeció. El borde se resquebrajó, haciéndose pedazos. La zona en la cual se encontraban los tres humanos quedó suelta y se precipitó hacia el cráter. Unos segundos después cayó tras ella una avalancha. Los cristales que se desprendían de lo alto brillaban con el resplandor de un prisma desafiando las estrellas y, tras un lento descenso, se posaron silenciosamente en el fondo.

Salvo por las ondas de choque transmitidas a través de la materia sólida, todo había tenido lugar en el silencio absoluto del espacio.

Poco a poco, Scobie fue recobrando el conocimiento. Se encontró tendido en el suelo, inmovilizado, sumido en la oscuridad y el dolor. Su armadura le había salvado y seguía salvándole la vida; había quedado aturdido pero no había sufrido una auténtica conmoción. Pese a ello, a cada aliento sentía un dolor abominable. Parecía que en su costado izquierdo se habían roto una o dos costillas; un impacto monstruoso tenía que haber abollado el metal. Y estaba enterrado bajo un peso tal que no podía moverlo.

—Hola —tosió—. ¿Me recibe alguien?

Por toda respuesta obtuvo la pulsación de su sangre. Si su radio seguía funcionando (cosa bastante probable, dado que estaba incorporada al traje), la masa que le rodeaba absorbía sus emisiones.

También absorbía el calor en una progresión desconocida pero asombrosamente rápida. No sentía frío porque el sistema eléctrico sacaba energía de su célula de combustible tan deprisa como hacía falta para mantenerla caliente y reciclar de forma química su aire. En circunstancias normales, cuando perdía calor mediante el lento proceso de la radiación y, un poco, a través de las suelas de sus botas, recubiertas de *cueroespuma*, de las dos exigencias la última era mucho mayor. Ahora la conducción estaba obrando sobre cada centímetro cuadrado de su cuerpo. Tenía otra unidad de repuesto en la espalda de su traje, pero no poseía medio alguno de llegar hasta ella.

—A menos que... —Lanzó una risita. Tensó el cuerpo y sintió que la sustancia que le mantenía sepultado cedía una fracción de milímetro bajo la presión de sus brazos y piernas. Y su casco resonó levemente con una especie de gorgoteo. No estaba preso en agua helada, sino en algo que tenía un punto de congelación mucho más bajo.

Estaba derritiéndolo, sublimándolo hasta obtener un espacio donde moverse.

Si seguía inmóvil acabaría hundiéndose en tanto que más materia helada iba resbalando en lo alto sobre él para mantenerle en su tumba. Quizá hiciera surgir nuevas y soberbias formaciones pero nunca las vería. En vez de ello, debía usar el pequeño espacio que tenía para ascender centímetro a centímetro, impulsándose contra esa materia que todavía no se había vuelto líquida y que formaba su túmulo bajo las estrellas.

Empezó a moverse.

Muy pronto se debatió en las garras de la agonía. El aire entraba y salía con breves jadeos de sus pulmones en llamas. Sentía que sus fuerzas se iban desmoronando y pronto su cuerpo empezó a temblar de tal modo que no pudo saber si ascendía o resbalaba hacia atrás. Ciego, medio ahogado, Scobie usó sus manos como si fueran las zarpas de un topo y siguió cavando.

Era insoportable. Tenía que huir de aquello.

«Al fracasar sus potentes hechizos, el rey de los elfos, presa del miedo, hizo que sus torres se derrumbasen. Si el espíritu de Alvarlan volvía a su cuerpo, el hechicero podría meditar sobre todo lo que había visto, comprender su significado y, con tal conocimiento, dar a los mortales un terrible poder que usar contra la tierra de las Hadas. Despertando de su letargo, el rey vio a Kendrick a punto de liberar a su cautivo. No había tiempo para hacer algo que no fuera romper el hechizo mediante el cual se sostenía el Salón de Baile. Estaba construido básicamente de niebla y luz de estrellas, pero contenía suficientes bloques traídos del lado frío de Ginnungagap como para que al caer mataran al caballero. Ricia perecería también, y el espíritu del rey, rápido y vivaz como el mercurio, lo lamentó. Sin embargo, pronunció la palabra necesaria».

»No comprendía el castigo que la carne y los huesos pueden soportar, Sir Kendrick lucha para salir de entre las ruinas, para ir en busca de su dama y salvarla. Mientras avanza se fortalece pensando en las aventuras del pasado y del futuro.

... y de repente dejó de estar ciego y ante él se alzó Saturno rodeado por sus anillos.

Scobie se dejó caer de bruces en el suelo y se quedó inmóvil, temblando levemente.

Debía ponerse en pie por mucho que protestaran sus heridas, a menos que deseara crearse una nueva tumba derritiendo el hielo. Se levantó, tambaleándose, y miró a su

alrededor.

De la escultura anterior sólo quedaban algunos promontorios y meras cicatrices. En su mayor parte el cráter se había convertido en una masa blanca de contornos pulidos que relucía bajo el cielo. La escasez de sombras hacía difícil evaluar la distancia, pero Scobie supuso que ahora el nuevo cráter tendría unos setenta y cinco metros. Y estaba vacío, totalmente vacío.

—Mark, ¿me oyes? —gritó.

—¿Eres tú, Colin? —resonó la respuesta en sus audífonos—. Por todos los santos, ¿qué ha pasado? Te oí decir algo y entonces vi brotar una nube que acabó desvaneciéndose y luego nada durante más de una hora. ¿Te encuentras bien?

—Más o menos. No veo a Jean ni a Luis. Una avalancha nos cogió por sorpresa, enterrándonos. Mantén el contacto mientras investigo.

Si se mantenía bien erguido le dolían menos las costillas. Yendo con cuidado podía moverse sin demasiadas dificultades. Los dos tipos de analgésico habitual de su equipo eran inútiles: uno era demasiado débil para suponer un alivio perceptible, en tanto que el otro era tan fuerte que le dejaría aturdido. Mirando hacia los lados no tardó en hallar lo que esperaba, una concavidad que destacaba en la sustancia parecida a la nieve y que burbujeaba levemente.

Su equipo incluía también una herramienta para excavar. Haciendo caso omiso del dolor, Scobie empezó a usarla. Pronto apareció un casco. Dentro de él estaba la cabeza de Broberg. También ella había estado haciendo un túnel.

—¡Jean!

—¡Kendrick! —Salió a rastras de su prisión y sus dos trajes se fundieron en un abrazo—. Oh, Colin.

—¿Cómo estás? —le preguntó él con voz quebradiza.

—Viva —respondió ella—. Creo que no he sufrido ningún daño serio. Hay que decir mucho en favor de esa baja gravedad. ¿Y tú? ¿Y Luis?

—Tenía un poco de sangre seca bajo la nariz y en su frente había un morado que se estaba poniendo ya de color púrpura, pero hablaba claramente y no le costaba mantener el equilibrio.

—Puedo funcionar. Todavía no he encontrado a Luis. Ayúdame a buscar. Pero antes deberíamos comprobar nuestro equipo.

Jean se rodeó el pecho con los brazos, como si eso pudiera servirle de algo aquí.

—Estoy helada —admitió.

Scobie señaló uno de sus indicadores.

—No me extraña. Tu célula de combustible está emitiendo su último par de ergios. La mía no está mucho mejor. Cambiémoslas.

No perdieron el tiempo abriendo sus mochilas sino que cada uno se encargó de buscar en la del otro. Arrojaron las unidades agotadas al suelo, donde aparecieron

inmediatamente agujeros humeantes que se congelaron rápidamente y luego metieron en sus trajes las nuevas células.

—Baja tu termostato —le aconsejó Scobie—. Tardaremos bastante tiempo en hallar refugio. La actividad física nos ayudará a mantenernos calientes.

—Y exigirá un reciclaje más rápido del aire —le recordó Broberg.

—Sí. Pero al menos por ahora podemos conservar la energía en las células. Bien, vamos a comprobar ahora zonas debilitadas en los trajes, posibles fugas y cualquier tipo de avería o pérdida. Rápido, Luis sigue ahí abajo.

La inspección se había convertido en una rutina automática tras años de entrenamiento. Mientras sus dedos inspeccionaban el traje espacial de Scobie, Broberg dejó que sus ojos se volvieran hacia la lejanía.

—El Salón de Baile ha desaparecido —murmura Ricia—. Creo que el rey lo derrumbó para evitar que huyéramos.

—Yo también lo creo. Si descubre que estamos vivos y buscando el alma de Alvarlan. ¡Eh, espera! ¡Basta de juego!

—¿Qué tal os va? —dijo Danzig con voz algo temblorosa.

—Parece que estamos en buen estado —replicó Scobie—. Mi peto ha sufrido una buena paliza pero no se ha partido. Ahora, a encontrar a Luis. Jean, traza una espiral hacia la derecha por el suelo del cráter. Yo lo haré a la izquierda.

Tardaron cierto tiempo, pues el hervor que marcaba el sitio donde estaba enterrado Garcilaso era casi imperceptible. Scobie empezó a cavar. Broberg observó cómo se movía, oyó cómo respiraba y le dijo:

—Dame la herramienta. ¿Dónde recibiste el golpe?

Scobie admitió que estaba herido y retrocedió un par de pasos. Broberg empezó a trabajar, arrancándole al suelo pedazos helados. Avanzaba deprisa, ya que fuera cual fuese el tipo de hielo de esta zona, por suerte se desmenuzaba con facilidad y dada la gravedad de Japeto podía hacer un agujero con los lados casi verticales.

—Voy a ver si puedo servir de algo encontrando un camino para salir de aquí —dijo Scobie.

Cuando intentó subir por la cuesta más cercana, ésta tembló. Un segundo después se encontró devuelto a su punto de partida en una marea que susurraba sobre su armadura, mientras una niebla de secas motas blanquecinas le dejaba ciego. Una vez en el fondo logró liberarse con un esfuerzo, y probó por otro camino.

—Me temo que no hay ninguna ruta fácil —le informó por fin a Danzig—. Cuando se derrumbó la zona en la que estábamos, no sólo se produjo una conmoción que hizo pedazos las delicadas formaciones de hielo que cubrían el cráter, sino que también dejó caer toneladas de materia de la superficie, una especie particular de hielo que, en las condiciones locales, es tan fino como la arena. Las paredes están cubiertas de él. En la mayoría de los sitios hay un espesor de metros antes de llegar al

material más estable. Nos deslizaríamos más aprisa de lo que podemos trepar allí donde la capa es delgada; allí donde es gruesa nos hundiríamos.

Danzig lanzó un suspiro.

—Supongo que tendré que dar un largo y saludable paseo.

—Doy por sentado que has llamado pidiendo ayuda, ¿no?

—Claro. Tendrán aquí dos botes dentro de unas cien horas. Es todo lo que pueden hacer. Ya lo sabías.

—Ajá. Y nuestras células de combustible puede que duren unas cincuenta horas.

—Oh, bueno, no hay que preocuparse por eso. Traeré unas cuantas más y os las arrojaré si es que no podéis salir de ahí antes de que llegue el grupo de rescate.

Mmm. quizá sería mejor que preparase antes una especie de honda o algo parecido.

—Puede que te cueste encontrarnos. Esto no es un cráter auténtico: es más bien una especie de gran agujero cuyo borde se confunde con la cima del glaciar. Nos habíamos guiado por ese risco tan peculiar y ahora esa señal ha desaparecido.

—No es problema. Recuerda que tengo una lectura fijada en vosotros a partir de la antena direccional. Puede que aquí no sirva de nada un compás magnético pero puedo mantenerme orientado por el cielo. Saturno apenas se mueve y ni el sol ni las estrellas son muy rápidos.

—¡Maldita sea! Tienes razón. No estaba pensando con lógica. Tengo la mente demasiado ocupada con Luis, aparte del resto.

—Scobie se volvió hacia donde estaba Broberg. Tenía que estarse tomando un pequeño descanso, pues vio sus hombros inclinados sobre la excavación. Sus audífonos le hicieron llegar el ronco sonido de su respiración.

Debía conservar la poca fuerza que le restaba por si hacía falta luego. Tomó un sorbo de su conducto del agua y empujó un fragmento de comida por el pestillo de su masticador, intentando fingir que tenía apetito.

—Quizá deba intentar reconstruir lo ocurrido —dijo—. De acuerdo, Mark, tenías razón: nos comportamos como unos locos imprudentes. El juego. Ocho años era demasiado tiempo para jugar a eso en un medio ambiente que no nos deja gran cosa para acordarnos de la realidad. Pero ¿quién podía haberlo previsto? ¡Dios mío, advierte a la Cronos! Me he enterado de que uno de los equipos de Titán empezó a jugar a una expedición con destino al pueblo del mar bajo el océano.

Escarlata, por las nieblas rojas que vimos. Lo hicieron deliberadamente, como nosotros, antes de partir. —Scobie tragó saliva—. Bueno —dijo, intentando hablar más despacio—, supongo que jamás llegaremos a saber exactamente lo que fue mal aquí. Pero es fácil ver que la configuración no resulta estable. También en la Tierra es fatídicamente sencillo producir avalanchas con sólo tocar la nieve. Supongo que debe existir una capa de metano bajo la superficie. Cuando las temperaturas subieron

después del amanecer se licuó un poco, pero eso no importaba en el vacío y la baja gravedad hasta que llegamos nosotros. Calor, vibración. Fuera como fuese, todo el estrato resbaló bajo nosotros y eso puso en marcha un derrumbamiento general. ¿Te parece razonable mi hipótesis?

—Me lo parece, aunque sólo soy un aficionado —dijo Danzig—. Me admira que puedas seguir siendo tan académico dadas las circunstancias.

—Estoy siendo práctico —replicó Scobie—. Puede que Luis necesite atención médica antes de que esos botes puedan venir a buscarle. Si es así, ¿cómo podemos llevarle a nuestra nave?

—¿Alguna idea? —dijo Danzig con voz lúgubre.

—A eso intento llegar. Mira, el cuenco del cráter sigue teniendo la misma forma básica. La conmoción no ha hecho que se derrumbe. Eso implica material duro: agua helada y roca auténtica. De hecho puedo ver unos cuantos promontorios que han sobrevivido y que asoman por encima de esa sustancia que parece arena. En cuanto a lo que es., puede que sea una combinación de dióxido carbónico y amoníaco o puede que sea algo más exótico, pero es cosa tuya descubrirlo después. En este momento, mis instrumentos geológicos deberían ayudarme a descubrir dónde están menos cubiertas esas masas sólidas. Todos tenemos herramientas para excavar, así que podemos intentar abrir un camino despejado siguiendo el trazado que nos cueste menos esfuerzo. Puede que eso haga llover sobre nosotros un poco más de esta basura de arriba, pero quizá eso también nos ayude a ir con más rapidez. Allí donde la sustancia que vayamos desenterrando sea demasiado resbaladiza o abrupta para trepar, siempre podemos hacer peldaños en ella. Será un trabajo lento y duro; y puede que nos encontremos un risco más alto de lo que nos sea posible saltar, o algo por el estilo.

—Puedo ayudar —propuso Danzig—. Mientras estaba esperando noticias vuestras hice un inventario de nuestro surtido de cables, cuerdas, equipo del que puedo sacar alambres, vestidos y ropa de cama que puedo cortar en tiras, todo aquello que puede atarse para formar una cuerda. No nos hace falta mucha resistencia a la tensión. Bueno, creo que puedo obtener unos cuarenta metros. Según tu descripción, eso es media ladera de la trampa en la que estáis. Si podéis trepar hasta medio camino mientras que yo vengo hacia ahí, puedo haceros subir el resto.

—Gracias, Mark —dijo Scobie—, aunque.

—¡Luis! —aulló una voz en su casco—. ¡Colin, ven deprisa, ayúdame, esto es horrible!

Sin hacer caso del dolor, aunque éste le hiciese lanzar una o dos maldiciones, Scobie fue corriendo en ayuda de Broberg.

Garcilaso no se hallaba del todo inconsciente y allí estaba gran parte del horror. Le oyeron murmurar: «el infierno, el rey arrojó mi alma al infierno. No puedo

encontrar la salida, estoy perdido. Si al menos el infierno no fuera tan frío.» No podían ver su rostro; la parte interior de su casco estaba cubierta de escarcha.

Enterrado más hondo que ellos dos y durante más tiempo, y habiendo sufrido heridas más graves, no hubiese podido sobrevivir mucho tiempo después de que su célula de combustible se agotase. Broberg lo había, encontrado justo a tiempo, si es que estaba efectivamente vivo.

Se metió en la excavación que había practicado y le dio la vuelta para ponerle de espaldas. Garcilaso se agitó débilmente.

—Me ataca un demonio —balbuceó—. Aquí estoy ciego pero siento el viento en sus alas.

—Hablaba de forma monótona y casi ininteligible. Broberg desconectó su célula de energía y la arrojó a un lado.

—Tendríamos que llevarle a la nave, si es posible —dijo.

En lo alto de la excavación Scobie contempló la célula de energía con mórbida fascinación. No le quedaba el suficiente calor para producir el vapor que las suyas habían emitido, y el hielo sobre el que reposaba no se había alterado. La caja metálica, de treinta centímetros por quince y por seis, era totalmente lisa salvo por dos prolongaciones que la conectaban al traje en uno de los lados. Los controles, incorporados a los circuitos del traje espacial, permitían poner en marcha y detener las reacciones químicas que se efectuaban en su interior y regular su índice manualmente; pero, por regla general, esa tarea era confiada al termostato y al aerostato. Ahora esas reacciones habían llegado a su fin. Hasta que fuera recargada, la célula no era más que un objeto inerte.

Scobie se inclinó sobre la excavación para observar a Broberg, que se encontraba a unos diez metros por debajo de él. Había sacado la unidad de reserva del equipo de Garcilaso, colocándola en su lugar adecuado, a la espalda del traje, y asegurándola a su mochila mediante abrazaderas.

—Veamos cuál es tu contribución, Colin —dijo.

Scobie dejó caer un metro de alambre grueso aislado, que formaba parte del equipo habitual para cualquier misión que tuviera que realizarse fuera de la nave, por si era necesaria alguna conexión eléctrica especial o alguna reparación. Broberg la conectó a los dos que ya tenía, hizo un nudo al final y, tanteando torpemente por encima de su hombro izquierdo, puso en contacto el otro extremo con la parte superior de su mochila. El alambre, ahora triple, osciló sobre ella como una antena.

Se agachó y cogió a Garcilaso en brazos. En Japeto, él y su equipo pesaban menos de diez kilos, y el peso de ella era parecido. Teóricamente podía salir de la excavación con su carga dando un salto. En la práctica, su traje espacial resultaba demasiado incómodo; las articulaciones de volumen constante permitían una considerable libertad de movimiento pero no tanta como la que se obtenía no

llevándolo, en especial cuando las temperaturas de Saturno y sus alrededores precisaban de un aislamiento extra. Además, aunque hubiese podido llegar de un salto hasta arriba no conseguiría mantenerse allí. El hielo se habría hecho pedazos bajo sus pies y volvería a caer dentro del agujero.

—Ahí vamos —dijo—. Será mejor que salga bien a la primera, Colin. No creo que Luis pueda soportar muchas sacudidas.

—Kendrick, Ricia, ¿dónde estáis? —gimió Garcilaso—. ¿Estáis también en el infierno?

Scobie se preparó, clavó bien los pies en el suelo al borde de la excavación y se agazapó. El lazo que había al final del alambre apareció ante sus ojos, y logró cogerlo con su mano derecha. Se echó hacia atrás, intentando no resbalar hacia el agujero, y entonces notó como la carga que tenía agarrada quedaba frenada de golpe. Por poco la angustia y el dolor hacen explotar su caja torácica. Sin saber muy bien cómo, logró dejar a salvo su carga antes de sufrir un desmayo.

Recobró el conocimiento un minuto después.

—Estoy bien —respondió con un graznido a las voces preocupadas de Broberg y Danzig—. Dejadme descansar un poco.

Ella asintió y se arrodilló junto al piloto para examinarlo. Le sacó la mochila para que pudiera descansar mejor de espaldas y luego con la ayuda de dos mochilas le puso en alto las piernas y la cabeza. Eso evitaría una considerable pérdida de calor por convección, y eliminaría la que pudiera producirse por conducción. Pese a todo, su célula de combustible se agotaría antes que si estuviera en pie y, además, ya había tenido que compensar un terrible déficit de energía.

—La escarcha del interior de su casco ya está desapareciendo —informó Broberg—. ¡Virgen Santa, la sangre! Creo que procede casi toda del cuero cabelludo; y parece que ya ha dejado de sangrar. Debe de haberse golpeado el occipucio contra el vitriolo. Tendríamos que llevar algún tipo de almohadilla dentro de estos chismes.

Sí, ya sé que antes no han ocurrido accidentes similares pero. —Cogió la linterna que llevaba en el cinturón, se inclinó sobre él y la encendió—. Tiene los ojos abiertos. Las pupilas, sí, tiene una seria conmoción y es probable que haya fractura de cráneo, la cual puede estar causando una hemorragia cerebral. Me sorprende que no esté vomitando. ¿Se lo habrá impedido el frío? ¿Empezará a vomitar ahora? Podría ahogarse con sus propios vómitos dentro de ese casco: ahí nadie puede ayudarle.

El dolor de Scobie había disminuido hasta un grado soportable. Se puso de pie, fue hacia él y, después de mirarle, lanzó un silbido.

—Si no le llevamos pronto a la nave para administrarle los cuidados necesarios, creo que no tendrá salvación. Y eso es imposible.

—Oh, Luis.

Las lágrimas corrían en silencio por las mejillas de Broberg.

—¿Crees que puede aguantar hasta que llegue yo con mi cuerda y le llevemos a la nave? —preguntó Danzig.

—Me temo que no —replicó Scobie—. He seguido cursos de enfermería. Además, ya he visto antes un caso parecido. ¿Y tú, Jean, cómo estabas tan enterada de los síntomas?

—Leo mucho —dijo ella con voz abatida.

—Lloran, los niños muertos lloran —murmuró Garcilaso.

Danzig suspiró.

—Entonces, de acuerdo. Iré con la nave hacia vosotros.

—¿Eh? —dijo Scobie sin poder contenerse.

—¿Es que tú también te has vuelto loco? —le dijo Broberg.

—No, escuchadme —se apresuró a contestar Danzig—. No soy un piloto muy experimentado pero he tenido el mismo entrenamiento básico para este tipo de nave que el que se le da a cualquier otro piloto. Podemos sacrificarla; y los botes de rescate pueden llevarnos de vuelta. Si aterrizase cerca del glaciar no ganaríamos gran cosa: seguiría teniendo que fabricar la cuerda y todo eso. Además, después de lo que ocurrió con la sonda, sabemos que podría resultar muy peligroso si lo intentara. Lo mejor será que vaya directamente a vuestro cráter.

—¿Para bajar a una superficie que los reactores convertirán en vapor debajo de ti? —resopló Scobie—. Supongo que incluso Luis pensaría que eso es muy arriesgado. Tú, amigo mío, conseguirías estrellarte.

—¿Y? —Casi pudieron ver su encogimiento de hombros—. Estrellarme desde una altura tan baja con esta gravedad no debería producirme más que un buen castañeteo de dientes. El chorro formará un agujero limpio hasta el lecho rocoso. Es cierto que el hielo circundante se derrumbará sobre el casco y lo dejará atrapado.

—Puede que os haga falta cavar un poco para llegar a la escotilla, aunque sospecho que la radiación térmica de la cabina mantendrá libres las partes superiores del aparato. Incluso si éste cae de lado, bueno, no sufriría daños demasiado serios aunque golpeará la roca desnuda. Ha sido diseñado para soportar choques peores. —Danzig vaciló unos segundos—. Claro que esto podría resultar peligroso para vosotros. Confío en no asaros con los reactores, suponiendo que yo baje cerca del centro y vosotros os pongáis tan cerca del borde como podáis. Claro que es posible que se produzca un *hielomoto* y que os mate. No tendría sentido perder otras dos vidas.

—O tres, Mark —dijo Broberg en voz baja—. Pese a tus valientes palabras, también tú podrías salir herido.

—Oh, bueno, yo ya soy viejo. Me gusta la vida, cierto, pero vosotros tenéis muchos más años por delante. Mirad, supongamos lo peor, supongamos que no sólo consigo hacer un aterrizaje desastroso sino que además logro averiar sin remedio la

nave. Entonces Luis muere, pero de todas formas morirá. Sin embargo, vosotros dos podríais aprovisionaros de los almacenes que hay a bordo, incluyendo las células de combustible extra. Estoy dispuesto a correr lo que considero un pequeño riesgo para mí, a cambio de darle a Luis una oportunidad de que sobreviva.

—Um-m-m —dijo Scobie, con un gruñido gutural que apenas si pudo oírse.

Inconscientemente, su mano se alzó en busca de su mentón mientras sus ojos contemplaban el leve resplandor del cráter.

—Repito que si pensáis que esto puede suponer algún riesgo para vosotros, nos olvidaremos de ello —siguió diciendo Danzig—. Nada de heroísmos, por favor.

Luis estaría seguramente de acuerdo en que es mejor tener tres personas a salvo y una muerta que cuatro atrapadas con pocas probabilidades de sobrevivir.

—Déjame pensar. —Scobie se quedó callado durante unos minutos y por fin dijo —: No, no creo que podamos tener grandes problemas aquí. Tal y como dije antes, ya hemos tenido nuestra avalancha y ahora este lugar debe encontrarse en una configuración razonablemente segura. Es cierto que el hielo se volatilizará. En el caso de que haya depósito de material con un bajo punto de ebullición puede que el proceso tenga lugar de forma explosiva y cause algún temblor. Pero el vapor eliminará el calor resultante de forma tan rápida que sólo el material que se encuentre muy cerca de ti debería sufrir cambios de estado. Me atrevo a decir que esa sustancia tan fina caerá por las laderas del cráter, pero su densidad es demasiado baja como para causar serios daños; en realidad, debería ser como una breve tormenta de nieve. Claro que el suelo se ajustará un poco, lo cual puede resultar bastante violento. Sin embargo, podemos situarnos encima de él. ¿Ves ese pequeño risco rocoso que se encuentra más allá, Jean, ése al que podemos llegar de un salto? Tiene que ser parte de una colina enterrada y será sólido. Será nuestro lugar de encuentro.

—De acuerdo, Mark, por lo que a nosotros concierne está bien. No puedo estar absolutamente seguro, pero ¿quién puede estar totalmente seguro de nada? Me parece que es una apuesta con buenas posibilidades de victoria.

—¿Qué estamos pasando por alto? —se preguntó Broberg. Miró a Luis, que yacía a sus pies—. Mientras consideramos todas las posibilidades, Luis puede morir. De acuerdo, Mark, ven aquí con la nave si quieres, y que Dios te bendiga.

Después de ayudar a Scobie a llevar a Garcilaso hasta el pequeño risco, levantó su mano desde Saturno a Polaris Y.

—Cantaré pronunciando un hechizo, enviando la poca magia que poseo en ayuda del señor de los Dragones, para que pueda liberar del infierno el alma de Alvarlan — dice Ricia.

Capítulo IV

NADIE que no fuera razonable pensaría en culpar a ningún explorador interplanetario por hacer cálculos equivocados sobre su medio ambiente en determinado momento, especialmente cuando no hay más remedio que tomar alguna decisión sin disponer de mucho tiempo y estando bajo tensión. Los errores ocasionales resultan inevitables. Si supiéramos con exactitud lo que podemos hallar en todo el sistema solar, no habría ninguna razón para explorarlo.

Minamoto.

La nave alzó el vuelo. El polvo cósmico se apartó de sus reactores formando una nube de humo. Cuando se encontraba a ciento cincuenta metros de altura, los motores disminuyeron su impulso y la nave quedó inmóvil sobre una columna de fuego.

En el interior de la cabina había muy poco ruido: sólo un leve silbido y una vibración que se notaba en los huesos pero que era casi inaudible. El rostro de Danzig estaba cubierto de sudor y las gotitas que corrían por su nariz brillaban, pegadas a su incipiente barba, hasta caer sobre su mono, empapándolo y haciendo que oliera mal. Iba a emprender una maniobra tan difícil como una cita en pleno espacio, y no tenía nadie para guiarle.

Movió cautelosamente una palanca y un reactor lateral se puso en marcha. La nave se lanzó bruscamente hacia abajo. Las manos de Danzig volaron sobre la consola. Debía ajustar las fuerzas que mantenían la altitud de la nave con las que estaban empujándola horizontalmente, para conseguir que la nave le llevara hacia el este a una velocidad lenta pero constante. Los vectores irían cambiando segundo a segundo, como ocurre cuando un ser humano va caminando. La computadora de control, conectada a los sensores, se encargaba de gran parte de este proceso equilibrador, pero no de la parte crucial. Era él quien debía decirle lo que debía hacer.

No era muy experto en el manejo de la nave. Ya lo había previsto. A más altitud tendría un mayor margen de error, pero no podría seguir las señales orientadoras que sus ojos podían hallar en el terreno que tenía debajo y en el horizonte que había ante él. Además, cuando llegara al glaciar tendría que volar bajo para encontrar su objetivo. Estaría demasiado ocupado para entregarse a la precisa navegación celestial que habría podido utilizar yendo a pie.

Intentando compensar su error hizo una corrección y la nave se lanzó en una dirección distinta. Apretó la tecla de «mantener constantes» y la computadora se hizo cargo de todo. Otra vez inmóvil, esperó un minuto a que su respiración y sus nervios se calmaran, ensayando mentalmente lo que debía hacer. Mordiéndose los labios,

volvió a intentarlo. Esta vez no se acercó tanto al desastre. Con los reactores encendidos, la nave se tambaleó como si estuviera borracha sobre el satélite.

El acantilado de hielo estaba cada vez más cerca. Vio su frágil hermosura y lamentó que no tuviera más remedio que trazar a través de él un rastro de ruinas. Y, después de todo, «¿qué significado tenía cualquier maravilla de la naturaleza si no había allí una mente consciente para darse cuenta de ella?». Pasó por encima del primer risco y éste se desvaneció en una nube de vapor.

Adelante. Más allá de la masa de hielo que hervía, a la derecha, luego a la izquierda, adelante: toda la arquitectura de la tierra de las Hadas se derrumbaba. Cruzó la muralla de hielo. Ahora se encontraba apenas a cincuenta metros de la superficie y las nubes se alzaban vengativamente hasta casi tocar su nave antes de esfumarse en el vacío. Miró por la portilla e hizo que el sensor recorriera con el máximo aumento posible el paisaje, mostrándolo en su pantalla, buscando su objetivo.

Un volcán blanco hizo erupción. La onda de choque le engulló. De pronto se encontró volando a ciegas. Las piedras despedidas por la erupción resonaron en el casco. La nave quedó envuelta en una capa de escarcha y la pantalla del sensor quedó tan ciega como las portillas. Danzig tendría que haberle ordenado a la computadora que subiera, pero carecía de experiencia. Un ser humano en peligro no siente tanto el instinto de saltar como el de echar a correr. Intentó dirigir la nave hacia un lado. Sin visión exterior para ayudarle, hizo que la nave empezara a dar vueltas sobre sí misma. Cuando se dio cuenta de su error, una fracción de segundos después, ya era demasiado tarde. Había perdido el control. La computadora quizá hubiera logrado hacerse con la nave al cabo de cierto tiempo, pero el glaciar estaba demasiado cerca. Y la nave se estrelló en él.

—¿Oye, Mark? —exclamó Scobie—. ¿Me recibes? ¿Dónde estás, en nombre de Dios?

La única réplica fue el silencio. Se volvió hacia Broberg y, sin hablar, la contempló durante unos segundos.

—Todo parecía ir bien —le dijo—, hasta que oímos un grito, un ruido muy fuerte y luego nada. Ya tendría que haber llegado hasta nosotros. Creo que se ha metido en algún problema. Sólo espero que no sea algo letal.

—¿Qué podemos hacer? —le preguntó ella.

Era una pregunta obvia pero necesitaban hablar, hablar de lo que fuera, pues Garcilaso yacía tendido ante ellos y su voz, perdida en el delirio, cada vez era más débil.

—Si no conseguimos nuevas células de combustible dentro de las próximas cuarenta o cincuenta horas, habremos llegado al final de nuestro camino. La nave tendría que estar cerca de aquí. Me parece que deberemos salir de este agujero por

nuestros propios medios. Quédate aquí esperando con Luis y yo intentaré encontrar un posible camino.

Scobie empezó a bajar. Broberg se inclinó sobre el piloto.

—... solo para siempre en la oscuridad —le oyó decir.

—No, Alvarlan. —Le abrazó con fuerza. Lo más probable era que él no pudiera sentir su abrazo, pero ella sí podía—. Alvarlan, escúchame. Soy Ricia. Oigo en mi mente la llamada de tu espíritu. Deja que te ayude. Deja que te conduzca de nuevo a la luz.

—Ten cuidado —le advirtió Scobie—. En la situación actual, ya estamos condenadamente cerca de volver a hipnotizarnos a nosotros mismos.

—Pero es posible que pueda llegar hasta Luis y consolarle. Alvarlan, Kendrick y yo escapamos. Está buscando un camino para que volvamos al hogar. Yo te estoy buscando. Alvarlan, aquí está mi mano, ven y cógela.

En el suelo del cráter Scobie meneó la cabeza, chasqueó la lengua y empezó a rebuscar en su equipo. Los binoculares le ayudarían a localizar las zonas más prometedoras. Un surtido de aparatos que iba desde una vara metálica hasta un geosonar portátil le darían una idea más exacta de lo que se ocultaba bajo esa capa de hielo arenoso por la que era imposible trepar. Debía admitir que el alcance de sus instrumentos de prueba era muy limitado, claro. No tenía tiempo de apartar a un lado toneladas de material para así poder subir más arriba y hacer más pruebas. Tendría que obtener algunos resultados preliminares y luego intentar adivinar por qué lado del cráter se encontraría el sendero de subida más accesible, confiando en que acertara.

Apartó de su conciencia tanto como le fue posible a Broberg y Garcilaso, y empezó a trabajar.

Una hora después estaba despejando una franja a través de la capa de roca, haciendo caso omiso del dolor. Pensaba que ante él se encontraba un *berg* de agua helada, duro y prometedor, pero quería estar seguro.

—¡Jean! ¡Colin! ¿Me recibís?

Scobie se irguió, quedándose muy quieto.

—Si no puedo hacer otra cosa, Alvarlan, deja que rece por el reposo de tu alma —oyó que decía la tenue voz de Broberg.

—¡Mark! —grito Scobie sin poderse contener—. ¿Qué diablos ocurrió? ¿Te encuentras bien?

—Sí, no he sufrido demasiados daños —dijo Danzig—, y la nave está en condiciones de ser habitada, aunque me temo que nunca volverá a volar. ¿Cómo estás tú? ¿Y Luis?

—Está empeorando y muy rápidamente. Bueno, oigamos las noticias.

Danzig describió las circunstancias de su infortunio.

—Fui en dirección desconocida durante una distancia que ignoro. No puede haber

sido muy lejos, dado que pasó poco tiempo antes de que me estrellara.

Evidentemente me deslicé sobre un gran, bueno, debe ser como un banco de nieve, y eso suavizó el impacto pero bloqueó las transmisiones de radio. Ahora ya se ha evaporado en la zona de la cabina, y en algunas otras partes. No estoy muy seguro del daño que han sufrido los reactores. La nave se encuentra reposando de costado en un ángulo aproximado de cuarenta y cinco grados, presumiblemente con roca debajo. Pero la parte trasera se encuentra enterrada en una sustancia más difícil de vaporizar: supongo que es agua y dióxido de carbono helado que ha llegado a un equilibrio en temperatura. Los reactores deben estar obturados por ella. Si intentara ponerlos en marcha destruiría toda la nave.

Scobie asintió.

—Estoy seguro de ello.

La voz de Danzig se quebró repentinamente.

—¡Oh, Dios, Colin! ¿Qué he hecho? Quería ayudar a Luis pero puede que os haya matado a ti y a Jean.

Scobie apretó los labios.

—No empecemos a llorar antes de que nos hayamos hecho daño. Ciertamente, hemos tenido toda una racha de mala suerte, pero ni tú ni nadie podíais saber qué harías explotar una bomba debajo de ti.

—¿Qué era eso? ¿Tienes alguna idea? En las citas con algún cometa jamás ocurrió nada parecido. Y tú crees que este glaciar es un cometa naufragado aquí, ¿no?

—Ajá, sólo que ha sido obviamente modificado por las condiciones locales. El impacto produjo calor, conmociones y turbulencias. Las moléculas se dispersaron.

En ese instante debió de producirse bastante plasma por aquí. Mezclas, compuestos, aleaciones, superposición de estratos, debió de formarse materia que jamás ha existido en el espacio sideral. Podemos aprender un montón de química aquí.

—Para eso vine. Bien, así que volé sobre un depósito de sustancia o sustancias que los reactores hicieron sublimarse con una fuerza tremenda. Parte de su vapor volvió a congelarse en cuanto se encontró con el casco. Tuve que descongelar las portillas desde el interior después de que la nieve se hubiera acumulado en ellas.

—¿Dónde te encuentras en relación a nosotros?

—Ya te he dicho que no lo sé. Y no estoy muy seguro de poder determinarlo. El choque destrozó la antena direccional. Espera a que salga para ver mejor.

—Hazlo —dijo Scobie—. Mientras tanto, me mantendré ocupado.

Lo hizo, hasta que un horrendo gorgoteo y el gemido de Broberg le hicieron volver a toda velocidad hacia las rocas.

Scobie desconectó la célula de combustible de Garcilaso.

—Quizá signifique la pequeña diferencia que nos permita sobrevivir —dijo en

voz baja—. Piensa en ello como si fuera un regalo. Gracias, Luis.

Broberg dejó de abrazar al piloto y se levantó del suelo, donde estaba arrodillada. Luego le enderezó los miembros, que habían sido desordenados en la lucha con la muerte, y le cruzó las manos sobre el pecho. No podía hacer nada con su mandíbula desencajada ni con los ojos clavados en el cielo. Sacarle del traje aquí no habría hecho más que empeorar su aspecto. Tampoco podía limpiarse las lágrimas que corrían por su rostro. La único que podía hacer era intentar que dejaran de brotar.

—Adiós, Luis —susurró. Se volvió hacia Scobie y le preguntó—: ¿Puedes darme un nuevo trabajo? Por favor.

—Ven conmigo —le indicó él—. Te explicaré lo que he pensado para abrirnos camino hasta la superficie.

Se encontraban a medio camino cuando Danzig les llamó. No había dejado que la muerte de su compañero supusiera un freno en sus esfuerzos y tampoco había dicho gran cosa mientras ésta tenía lugar. Sólo una vez, en un tono tan bajo que era casi inaudible, había ofrecido la plegaria del kaddish.

—No tenemos suerte —les informó Danzig, con la voz átona de una máquina—. He atravesado el círculo más grande que podía trazar sin perder de vista la nave y sólo he encontrado extrañas siluetas de hielo. No puedo encontrarme demasiado lejos de vosotros o estaría viendo un cielo claramente distinto, dada esta pequeña y miserable esfera. Es probable que os halléis a unos veinte o treinta kilómetros de mí, pero eso cubre un buen trozo de territorio.

—Cierto —dijo Scobie—. Lo más probable es que no puedas encontrarnos en el tiempo que tenemos. Vuelve a la nave.

—Eh, espera —protestó Scobie—, puedo hacer una espiral hacia dentro, marcando el camino que sigo. Quizá topa con vosotros.

—Sería más útil que volvieras —le explicó Scobie—. Suponiendo que podemos salir de aquí trepando, quizá consigamos llegar hasta ti pero vamos a necesitar un faro. He estado pensando en utilizar el mismo hielo. Una pequeña descarga de energía, siempre que esté concentrado, debería liberar una buena nube de metano o de algo similarmente volátil. El gas se enfriará a medida que se expande, volviendo a condensarse alrededor de las partículas de polvo que hayan sido transportadas en él: será como vapor. Y la nube debería llegar lo bastante alto antes de volver a evaporarse como para poder verla desde aquí.

—¡Entendido! —En la voz de Danzig había ahora un poco más de vivacidad—. Me pondré ahora mismo a ello. Haré pruebas y encontraré un sitio donde pueda obtener el resultado más visible. ¿Qué te parece si preparo una bomba de termita? No, eso sería demasiado caliente, quizá. Bueno, ya inventaré algo.

—Mantennos al corriente.

—Pero yo creo que no deberíamos perder el tiempo charlando —se atrevió a decir

Broberg.

—No, tú y yo vamos a estar muy ocupados trabajando —dijo Scobie, mostrándose de acuerdo.

—Eh, esperad —dijo Danzig—. ¿Y si acabáis descubriendo que os resulta imposible llegar hasta arriba? Dijiste que sólo había una cierta probabilidad de ello.

—Bueno, entonces habrá llegado el momento de acudir a procedimientos mucho más radicales, sean los que sean —le respondió Scobie—. Francamente, en este momento tengo la cabeza demasiado llena de, de Luis y de escoger una ruta de escape óptima, como para pensar en cualquier otra cosa.

—Sí, supongo que ya tenemos un surtido de problemas lo bastante amplio como para que no haga falta buscar más. De todos modos, después de que tenga listo mi faro y esté a punto de encenderlo haré esa cuerda de la que hablamos. Quizá prefieras tener ropas y sábanas limpias cuando llegues, claro. —Danzig guardó silencio durante unos instantes antes de concluir la frase— maldita sea, «llegaréis».

Scobie eligió un punto en el lado norte para su intentona. De ahí salían dos promontorios de roca, bastante cerca del suelo, que tenían varios metros de alto e indicaban que la piedra llegaba al menos hasta esa altura. Más allá, dispuestos de forma irregular, se hallaban otros promontorios parecidos de hielo duro. Entre ellos y siguiendo a partir del más alejado, que se encontraba a medio camino del borde, no había nada salvo la pulida ladera de cristales similares al polvo, en la cual no había asidero alguno. Su ángulo de reposo le daba a la superficie un ángulo que la hacía doblemente traicionera. La pregunta, imposible de responder salvo por la experiencia, era hasta qué profundidad cubría capas por las cuales pudieran trepar y si tales capas llegaban hasta el final del trayecto.

Cuando llegaron al punto elegido Scobie hizo la señal de alto.

—Tómatelo con calma, Jean —le dijo—. Iré adelante y empezaré a cavar.

—¿Por qué no vamos juntos? Ya sabes que yo tengo también herramientas.

—Porque no tengo modo alguno de saber cómo va a reaccionar una zona tan grande de pseudoarena rápida. Puede llegar a causar un desprendimiento gigantesco.

Jean le miró y en su rostro decidido aparecieron algunas señales de protesta.

—Entonces, ¿por qué no voy yo primero? ¿Supones que siempre debo aguardar pasivamente a que me salve Kendrick?

—De hecho —le replicó él secamente— iré yo primero porque mi costilla me las está haciendo ver de todos los colores y ese dolor me está quitando las pocas fuerzas que me quedan. Si nos metemos en algún problema, prefiero que vengas tú en mi ayuda que no yo en la tuya.

Broberg agachó la cabeza.

—Oh, lo siento. Yo también debo encontrarme en bastante mal estado, si permito que el falso orgullo interfiera con lo que debemos hacer.

—Sus ojos fueron hacia Saturno, alrededor del cual orbitaba la Cronos, que llevaba a bordo a su esposo y sus hijos.

—Estás perdonada.

—Scobie flexionó las piernas y saltó los cinco metros que le separaban del primer risco. El siguiente se encontraba demasiado alejado para tal salto, y necesitaría el espacio suficiente para darse algo de impulso inicial.

Se agachó y empezó a utilizar su herramienta en el final del declive que centelleaba ante él. Mientras cavaba, unos granos de aquella sustancia iban cayendo desde arriba en una cantidad que parecía infinitamente superior a la que él quitaba, cubriendo la excavación. Trabajaba como un robot poseído. Cada golpe de la herramienta llevaba una carga prácticamente carente de peso, pero el número de golpes era casi infinito. No logró hacer que todo el cráter se derrumbara sobre él, algo que por un lado temía y que por otro casi deseaba. (Si eso no acababa con él, le ahorraría un montón de esfuerzos). Un seco torrente fluía a derecha e izquierda por encima de sus tobillos. Al menos, estaba empezando a dejar al descubierto un poco más de la roca que había debajo.

Broberg le oía jadear desde abajo. Su áspera respiración se interrumpía a menudo por una leve tos o una maldición. Con su traje espacial bañado por la pálida claridad solar parecía un caballero que, pese a sus heridas, librara combate con un monstruo.

—Está bien —dijo por fin—. Creo que ya he aprendido lo que podemos esperar y el modo en que debemos actuar. Hará falta que lo hagamos entre los dos.

—Sí. Oh, sí, mi Kendrick.

Pasaron las horas. Aunque muy lentamente, el sol subía en el cielo, las estrellas giraban y Saturno iba cambiando de fase.

En casi todos los lugares trabajaron codo a codo. No les hacía falta un sendero muy amplio para pasar, pero, a menos que empezaran a tallarlo con bastante anchura, los márgenes de la izquierda y la derecha no tardarían en derrumbarse y enterrarlo. A veces la capa de material escondido tenía tal forma que sólo permitía el trabajo de uno de ellos. Entonces el otro podía descansar. Muy pronto fue Scobie quien debió aprovechar más a menudo tales ocasiones. A veces los dos se detenían brevemente para beber y comer algo, apoyándose sobre sus mochilas.

La roca iba cediendo paso al agua helada. Sabían dónde se acercaba más a la superficie porque el hielo arenoso que iban quitando se desprendía entonces en forma de bloques. Después de haber sufrido el primero de estos incidentes, en el cual estuvieron a punto de verse arrastrados los dos, Scobie se encargó siempre de hundir su martillo de geólogo en cada estrato nuevo. Ante cualquier señal de peligro se agarraba a su mango y Broberg le rodeaba la cintura con el brazo. Con las manos libres sostenían sus herramientas. Anclados de ese modo, pero teniendo que esforzar todos sus músculos, aguantaban mientras el torrente fluía a su alrededor,

sumergiéndoles hasta la rodilla y una vez incluso hasta el pecho, intentando dejarles irremisiblemente enterrados en esa sustancia que era casi líquida. Después se encontraban con una zona de hielo descubierto. Generalmente era demasiado empinada como para trepar sin ayuda, y tenían que tallar peldaños en él.

El cansancio era como otro torrente ante el cual no podían ceder. En el mejor de los casos avanzaban a un ritmo terriblemente lento. No necesitaban mucho suministro de calor para mantenerse calientes, salvo cuando se tomaban un descanso, pero sus pulmones estaban haciendo una furiosa demanda a los recicladores de aire. La célula de combustible de Garcilaso, que habían llevado con ellos, podía darle a una persona varias horas más de vida, aunque tal como estaba después de vérselas con su hipotermia el tiempo resultaría insuficiente para el rescate por los equipos de la Cronos. No habían llegado a mencionar en voz alta la idea de usarla por turnos. Eso les dejaría en muy malas condiciones, helados y casi sin aire, pero al menos se irían juntos del universo.

Por ello, no debe sorprender que sus mentes huyeran del dolor, el cansancio, la incomodidad, la asfixia y la desesperación. Sin ese alivio, no habrían podido llegar tan lejos como lo hicieron.

A salvo durante unos minutos, con la espalda pegada a un reluciente parapeto azul que debían escalar, contemplaron el cráter y el extremo de éste en el que relucía el cuerpo de Garcilaso, como una lejana pira funeraria, y luego sus ojos ascendieron por la curvatura de Saturno. El planeta relucía con un apagado fuego color ámbar en el que destacaban las texturas más suaves de los anillos, cual una diadema que arrojaba una banda de sombra a través de su arco, haciendo que todo pareciera aún más brillante. Ese resplandor vencía la luz de casi todas las estrellas cercanas, pero allí donde no llegaba, éstas se extendían en grandes enjambres, rodeando el camino plateado que la galaxia hendía sobre ellos.

—Qué tumba tan adecuada para Alvarlan —dice Ricia en un murmullo, como si estuviera soñando en voz alta.

—Entonces, ¿ha muerto? —le pregunta Kendrick.

—¿No lo sabías?

—Estaba demasiado ocupado. Después de haber conseguido huir de las ruinas y haberte dejado allí para que te recobraras, mientras yo iba a explorar, me encontré con un grupo de guerreros. Logré huir pero tuve que volver junto a ti siguiendo caminos ocultos y tortuosos. —Kendrick acaricia sus cabellos, que tienen el color del sol—. Además, amada entre las amadas, siempre fuiste tú y no yo quien tuvo el don de oír a los espíritus.

—Valeroso amor mío. Sí, puedo vanagloriarme de haber sido capaz al final de llamar su alma para que saliera del infierno. Busqué su cuerpo, pero era viejo y frágil y no pudo sobrevivir al conocimiento que ahora poseía. Con todo, Alvarlan se

marchó en paz y, antes de hacerlo, como último acto de magia se construyó una tumba cuyo techo brillará eternamente iluminado por las estrellas.

—Ojalá pueda dormir bien. Mas para nosotros no hay sueño, todavía no. Tenemos que ir muy lejos.

—Cierto. Pero ya hemos dejado atrás lo peor. ¡Mira! Rodeando este arroyo veo asomarse las anémonas por entre la hierba. Una alondra canta en lo alto.

—Estas tierras no siempre están en calma. Puede que aún tengamos más aventuras por delante, pero las recibiremos con el ánimo dispuesto.

Kendrick y Ricia se levantan para continuar su viaje.

Acurrucados en un saliente muy angosto, Scobie y Broberg estuvieron cavando durante una hora sin lograr avanzar mucho más. El hielo arenoso resbalaba desde lo alto tan aprisa como ellos lo iban lanzando abajo.

—Creo que debemos dejarlo —decidió él finalmente—. Lo máximo que hemos logrado es aplanar un poco la zona que tenemos delante. No hay modo de saber hasta dónde llega el risco por dentro antes de que haya alguna capa sólida arriba. Puede que no haya ninguna.

—¿Qué haremos entonces? —le preguntó Broberg, con voz igualmente cansada. Scobie señaló con el pulgar hacia atrás.

—Volveremos hasta el nivel de abajo y probaremos en una dirección distinta. Pero antes es absolutamente necesario que nos tomemos un descanso.

Desplegaron sus colchonetas de gomaespuma y se dejaron caer en ellas. Después de unos minutos durante los cuales se limitaron a mirarse, aturdidos por la fatiga.

Broberg habló:

—Voy al arroyo —relata Ricia—. Corro tintineando bajo las arcadas de verdes brotes. La luz pasa por entre ellas para hacerlo brillar. Me arrodillo y bebo. El agua es pura, fría, dulce. Cuando levanto los ojos veo la silueta de una joven desnuda con trenzas del mismo color que las hojas. Una ninfa de los bosques. Sonríe.

—Sí, yo también la veo —dice Kendrick, uniéndose a su relato—. Me acerco cautelosamente para no asustarla. Nos pregunta cuáles son nuestros nombres y nuestras misiones. Le explicamos que nos hemos perdido. Nos explica cómo hallar un oráculo que pueda aconsejarnos.

Y parten en su busca.

Sus cuerpos eran incapaces de resistirse por más tiempo al sueño.

—Llámanos dentro de una hora, Mark, ¿quieres? —le pidió Scobie.

—Claro —dijo Danzig—, pero ¿basta con eso?

—Es todo cuanto podemos permitirnos después de los problemas y atrasos que hemos tenido. Sólo hemos cubierto una tercera parte del trayecto.

—Si no he hablado con vosotros —dijo Danzig lentamente—, no se debe sólo a que haya estado trabajando mucho, aunque lo hice. Pensé que vosotros ya estaríais

pasándolo bastante mal sin necesidad de que además os molestara. Aun así, ¿crees que resulta prudente seguir fantaseando tal y como lo habéis estado haciendo?

Las mejillas de Broberg se cubrieron de un rubor que fue extendiéndose luego hacia su seno.

—¿Nos has oído, Mark?

—Bueno, sí, claro. Podías haber tenido algo urgente que decirme en cualquier momento.

—¿Por qué? ¿Qué podías hacer? Una partida es algo muy personal.

—Eh... sí, sí.

Ricia y Kendrick han hecho el amor cada vez que les ha sido posible.

Las descripciones jamás fueron explícitas, pero las palabras eran muy a menudo apasionadas.

—Te tendremos sintonizado cada vez que nos hagas falta, como si fueras un despertador —le dijo Broberg secamente—. Aparte de eso, tendremos el circuito cerrado.

—Pero, mira, yo nunca pretendí...

—Lo sé —Scobie suspiró—. Eres un tipo excelente y creo que nosotros estamos reaccionando de forma algo excesiva. Sin embargo, así debe ser. Llámanos dentro de una hora como te he dicho.

«En lo más hondo de la gruta la pitonisa se balancea sobre su trono, siguiendo las mareas de su sueño profético. Por lo poco que Ricia y Kendrick pueden entender de su cántico, les dice que sigan hacia el oeste por la Senda del Ciervo hasta que encuentren a un hombre tuerto y de barba gris que les guiará más allá; aunque deben mostrarse cautelosos en su presencia, pues resulta fácil irritarle. Tras presentarle sus respetos, se marchan. Cuando salen de la gruta pasan junto a la ofrenda que han traído. Dado que llevaban poca cosa aparte de sus vestidos y sus armas, la princesa le ha entregado al santuario su dorada cabellera. Kendrick insiste en que aún con el cabello corto, sigue siendo hermosa».

—Eh, vaya, hemos despejado unos veinte metros con mucha facilidad —dijo Scobie, pese a que su voz sonaba ronca e inexpresiva a causa del agotamiento.

«Al principio, el viaje por el país de Nácar resulta delicioso». El juramento que lanzó un instante después fue proferido con voz igualmente inexpresiva.

—Parece que esto es otro callejón sin salida.

—«El anciano de la capa azul y el sombrero de ala ancha se enfadó realmente mucho cuando Ricia le negó sus favores y Kendrick desvió su lanza con un rápido golpe de la suya. Astutamente, ha fingido hacer la paz con ellos y les indica qué camino deben seguir. Pero al final de ese camino hay *trolls*. Los viajeros logran eludirlos y vuelven sobre sus pasos».

—Mi mente anda a tientas por entre la niebla —gimió Scobie—. Y la verdad es

que no se puede decir que esta costilla rota me esté ayudando mucho. Si no descanso un poco más seguiré cometiendo errores de cálculo hasta que se nos acabe el tiempo.

—Duerme, Colin —dijo Broberg—. Yo montaré guardia y te despertaré dentro de una hora.

—¿Cómo? —le preguntó él débilmente sorprendido—. ¿Por qué no duermes tú también y le pedimos a Mark que nos llame, igual que antes?

Ella hizo una mueca.

—No hace falta molestarle. Estoy cansada, de acuerdo, pero no tengo sueño.

Scobie no se encontraba lo suficientemente despierto ni tenía fuerzas para discutir.

—De acuerdo —dijo.

Extendió su colchoneta aislante sobre el hielo y se hundió en la inconsciencia.

Broberg se acurrucó junto a él. Se encontraban a mitad de camino pero llevaban luchando ya más de veinte horas, con algún que otro breve descanso, y el avance se hacía cada vez más difícil y peligroso a medida que ellos se iban sintiendo más agotados y sus mentes perdían lucidez. Si alguna vez lograban llegar a lo alto y divisaban la señal de Danzig, tendrían todavía por delante algo así como dos horas de duro viaje hasta llegar al refugio de la nave.

Saturno, el sol y las estrellas brillaban a través del vitriolo. Broberg contempló el rostro de Scobie y sonrió. No era ningún dios griego. El sudor y la mugre, la necesidad de un buen afeitado y las múltiples huellas del agotamiento marcaban sus rasgos, pero, tampoco ella era ahora precisamente una imagen del atractivo femenino.

«La princesa Ricia está sentada junto a su caballero, que duerme en la choza del enano. Acaricia las cuerdas del arpa que el enano le ha dejado antes de marchar a su mina y entona una canción de cuna para hacer más dulces los sueños de Kendrick. Cuando termina, roza suavemente sus labios con su boca y se deja hundir en el amable sueño reparador».

Scobie despertó un poco después.

—Ricia, amada mía —murmura Kendrick, buscándola a tientas. La hará acudir con sus besos... Se puso en pie con gran esfuerzo—. ¡Por Judas! —Ella yacía inmóvil. Apenas si podía oír su respiración por los audífonos y unos segundos después el latir de su propio pulso ahogó ese débil sonido. El sol brillaba en un lugar más lejano que antes: comprendió que se había movido bastante, y también el creciente de Saturno había adelgazado, trazando ahora una afilada curva que terminaba en dos cuernos. Con un esfuerzo de voluntad hizo que sus ojos buscaran el cronómetro que llevaba en la muñeca izquierda—. Diez horas —jadeó. Se arrodilló y sacudió a su compañera—. ¡Despierta, por Dios!

Las pestañas de Broberg se agitaron levemente. Cuando vio el horror que había en su rostro, todo el sueño que aún la dominaba se esfumó de su mente.

—Oh, no —dijo—. No, por favor.

Scobie volvió a erguirse con pasos envarados y activó el circuito principal de su radio.

—Mark, ¿nos recibes?

—¡Colin! —dijo inmediatamente Danzig—. ¡Alabado sea Dios! Me estaba volviendo loco de preocupación.

—No eres de los que se vuelven locos, amigo mío. Acabamos de echarnos una siesta de diez horas.

—¿Cómo? ¿Habéis llegado muy arriba?

—Estamos a unos cuarenta metros de altura. El trayecto parece ahora peor que el de antes. Me temo que no lo conseguiremos.

—No digas eso, Colin —le suplicó Danzig.

—Es culpa mía —afirmó Broberg. Permanecía inmóvil, con el cuerpo muy rígido, los puños apretados y el rostro convertido en una máscara. Su voz era firme como el acero—. Estaba agotado, tenía que dormir un poco. Yo dije que le despertaría pero me quedé dormida también.

—No es culpa tuya, Jean. —Empezó a decir Scobie.

—Sí. Es culpa mía —le interrumpió ella—. Quizá pueda compensar mi error. Coge mi célula de combustible. Con eso te seguiré privando de mi ayuda, claro, pero quizá puedas sobrevivir y llegar hasta la nave.

Él le cogió las manos y se las apretó firmemente, negándose a soltarlas.

—Si te imaginas que sería capaz de eso.

—Si no lo haces los dos hemos terminado —dijo ella, sin dejarse convencer—. Prefiero irme al otro mundo con la conciencia tranquila.

—¿Y qué hay de mi conciencia? —gritó él. Logró controlarse con un esfuerzo de voluntad, se lamió los labios y siguió hablando a toda velocidad—. Además, la culpa no es tuya. El sueño te venció. Si hubieras estado pensando con claridad me habría dado cuenta de que ocurriría algo parecido y me habría puesto en contacto con Mark. El que tú tampoco lo hicieras sólo demuestra lo agotada que estabas. Y tienes a Tom y a los chicos esperándote. Coge mi célula. —Se quedó callado unos segundos—. Y mis bendiciones con ella.

—¿Acaso abandonará Ricia a su único y auténtico caballero?

—Esperad, esperad, escuchadme —gritó Danzig—. Mirad, esto es terrible pero, oh, diablos, perdonadme, pero debo recordaros que todo ese melodrama lo único que hace es impedirnos actuar de modo racional. Por lo que me habéis explicado, creo que ninguno de los dos podría seguir avanzando en solitario. Juntos puede que aún lo consigáis. Al menos habéis descansado, no dudo de que os dolerá todo, pero tendréis la cabeza más clara. La escalada que tenéis delante puede resultar más fácil de lo que pensáis. ¡Intentadlo!

Scobie y Broberg se contemplaron en silencio durante un minuto. Algo pareció fundirse dentro de ella, y al verlo fue como si a él le diera también calor. Finalmente los dos sonrieron y se abrazaron.

—Sí, de acuerdo —gruñó él—. Iremos. Pero antes tenemos que comer algo. Tengo un hambre de lobo. ¿Tú no?

—Ella asintió.

—Eso es —dijo Danzig, intentando animarles—. Eh. ¿puedo hacer otra sugerencia? No soy más que un espectador y eso no resulta nada agradable, pero me permite tener una visión más clara de todo. Abandonad vuestro juego.

Scobie y Broberg se envararon al unísono.

—Es el único culpable de todo —dijo Danzig en tono suplicante—. El agotamiento no habría sido suficiente para nublaros de tal modo la cabeza. Jamás me habríais dejado fuera del circuito y. Pero el cansancio, la conmoción y el dolor os ha dejado indefensos hasta tal punto que ese maldito juego os domina. No erais vosotros mismos cuando os quedasteis dormidos. Erais esos personajes de vuestro mundo de sueños. ¡Ellos no tenían ninguna razón para mantenerse despiertos!

Broberg meneó la cabeza violentamente.

—Mark —dijo Scobie—, aciertas al decir que eres un espectador. Eso quiere decir que hay algunas cosas de todo esto que no entiendes. ¿Por qué quieres someterte a la tortura de estar escuchando hora tras hora? Te iremos llamando de vez en cuando, naturalmente. Cuídate —y cortó la comunicación.

—Se equivoca —insistió Broberg.

Scobie se encogió de hombros.

—Se equivoque o no, ¿cuál es la diferencia? En el tiempo que nos queda ya no volveremos a dormirnos. El juego no fue un estorbo cuando viajábamos. De hecho nos ayudó, haciendo que nuestra situación pareciera menos horrible.

—Cierto. Rompamos nuestro ayuno y emprendamos de nuevo nuestra peregrinación.

La lucha por avanzar era cada vez más dura.

—Quizá la bruja Blanca ha lanzado un hechizo sobre este camino —dice Ricia.

—No logrará detenernos —jura Kendrick.

—No, jamás lo conseguirá mientras tú y yo viajemos juntos, oh el más noble de todos los hombres.

Un desprendimiento les atrapó y les obligó a retroceder una docena de metros. Lograron hallar refugio en un saliente. Después de que la avalancha hubiera pasado levantaron sus cuerpos maltrechos y partieron, cojeando, en busca de una ruta distinta. El lugar donde había caído el martillo de geólogo no les resultaba accesible.

—¿Qué pudo destruir el puente? —pregunta Ricia.

—Un gigante —responde Kendrick—. Le vi caer dentro del río. Me atacó y

luchamos junto a la orilla hasta que huyó. Se llevó mi espada clavada en su muslo.

—Tienes tu lanza forjada por Mayland —dice Ricia—, y siempre tendrás mi corazón.

Se detuvieron en el último promontorio que habían dejado al descubierto. Resultó no ser en realidad un risco, sino un pináculo de agua helada. A su alrededor brillaba el hielo de arena, de nuevo inmóvil. Ante ellos había una ladera de treinta metros y luego el borde, y más allá las estrellas.

Sería igual si la distancia fuese de treinta años luz. Quien intentase cruzarla se hundiría inmediatamente hasta una profundidad desconocida.

Carecía de objeto volver arrastrándose por la zona descubierta del pináculo. Broberg se había agarrado a él durante una hora mientras iba tallando con su cuchillo unos pequeños agujeros para trepar por ellos. Debido a su estado, Scobie no había podido ayudarla. Si intentaban volver, era muy fácil que resbalasen hasta caer y ser engullidos en el hielo de arena. Si lograban escapar de tal destino, nunca encontrarían un nuevo camino. En sus células de combustible quedaban menos de dos horas de energía. Intentar seguir avanzando mientras se pasaban entre ellos la célula de Garcilaso, habría sido igualmente fútil.

Se apoyaron en el pináculo, con las piernas colgando sobre el abismo, y se cogieron de la mano.

—No creo que los orcos sean capaces de romper la puerta de hierro de esta torre —dice Kendrick—, pero la asediarán hasta que nos muramos de hambre.

—Hasta ahora jamás habías abandonado la esperanza, caballero mío —replica Riela, besándole en la mejilla—. ¿Y si examináramos este lugar? Los muros son de una antigüedad imposible de adivinar. ¿Quién sabe qué reliquias de la brujería yacen olvidadas en su interior? Quizá haya dos capas hechas con plumas de fénix, capaces de llevarnos riendo a través del cielo hasta nuestro hogar.

—Me temo que no es así, querida mía. Nuestro destino final se aproxima. —Kendrick acaricia su lanza, que reluce apoyada en el muro—. Qué triste y gris será el mundo sin ti. Pero nos enfrentaremos con bravura a nuestro final.

—Y sintiéndonos felices, pues estamos juntos —Ricia sonrío como una chiquilla traviesa—. Me di cuenta de que en uno de los aposentos hay un lecho. ¿Y si lo probáramos?

Kendrick frunce el ceño.

—Quizá deberíamos pensar en preparar nuestras mentes y poner en orden nuestros espíritus para el final.

Ella le tira del codo.

—Más tarde, sí. Además. ¿Quién sabe? Cuando sacudamos sus sábanas para limpiarlas, quizá descubramos que éstas son en realidad una Tarnkappe que nos hará pasar invisibles por entre el enemigo.

—Estás soñando.

El miedo se agita en el fondo de sus ojos.

—¿Y qué importa si sueño? —Su voz tiembla—. Si me ayudas podremos liberarnos con el sueño.

El puño de Scobie golpeó el hielo.

—¡No! —dijo con una voz que se había convertido en un ronco graznido—. Moriré en el mundo real.

Ricia se aparta de él. Siente como le invade el terror.

—Amado mío., amado mío, estás delirando —tartamudea.

Scobie se retorció y logró agarrarla por los brazos.

—¿No quieres recordar a Tom y a tus chicos?

—¿Quién?

Kendrick se derrumba contra la pared.

—No lo sé. Yo también lo he olvidado.

«Ella se acurruca contra su cuerpo en la cima barrida por los vientos. Un halcón traza círculos en lo alto».

—Con seguridad que es el residuo de algún encantamiento maligno. ¡Oh, corazón mío, vida mía, arrójalo de ti! Ayúdame a encontrar los medios para salvarnos.

Pero su voz tiembla levemente y a través de ella se percibe el temor.

«Kendrick vuelve a erguirse. Posa su mano en el arma forjada por Wayland y entonces es como si la fuerza fluyera de ella hacia su interior».

—No cederé a su oscuridad, dama mía, y no permitiré que te ciegue y te vuelva sorda. —Sus ojos se clavan en ella y Ricia no puede apartar la mirada de su rostro—. Sólo hay un camino hacia nuestra libertad. Pasa por las puertas de la muerte.

Ella aguarda, temblando en silencio.

—Hagamos lo que hagamos debemos morir, Ricia. Despidámonos aquí como hace nuestro pueblo.

—Ante ti tienes el medio con el que te liberarás. Es afilado y yo soy fuerte: no sentirás dolor alguno.

Ella descubre sus senos.

—¡Entonces, aprisa, Kendrick, antes de que me haya perdido!

Kendrick hunde el arma.

—Te amo —dice. Ella se derrumba a sus pies—. Te sigo, querida mía —dice, extrayendo el acero, apoyando el astil sobre la piedra y lanzándose hacia adelante. Cae junto a ella—. Ahora somos libres.

—Eso fue una pesadilla.

Broberg apenas parecía consciente.

La voz de Scobie temblaba.

—Creo que era necesaria para los dos. —Sus ojos estaban clavados en la lejanía,

dejando que Saturno le deslumbrara con su brillo—. De lo contrario seguiríamos estando ¿locos? Quizá no sea ésa la definición. Pero tampoco estaríamos viviendo la realidad.

—Hubiese sido más fácil —musitó ella—. Jamás llegaríamos a saber que nos moríamos.

—¿Hubieses preferido eso?

Broberg se estremeció. Sus rasgos, que hasta ahora habían permanecido relajados e inexpresivos, se animaron con la misma tensión que había en el rostro de Scobie.

—Oh, no —dijo, hablando muy bajo pero con el tono de voz de quien ha recobrado ya toda su conciencia—. No, claro hiciste bien. Gracias por ser tan valiente.

—Tú siempre has tenido tanto coraje como la que más, Jean. Sencillamente, tienes más imaginación que yo. —La mano de Scobie se agitó en el vacío como haciendo a un lado todo aquello—. Bien, deberíamos llamar al pobre Mark y decírselo. Pero antes. —Sus palabras se hicieron repentinamente *vacilantes*—..., *antes...*

La mano enguantada de Broberg se cerró sobre la suya.

—¿Qué, Colin?

—Tomemos una decisión sobre esa tercera unidad, la de Luis —dijo como si le costara hablar, y sin dejar de contemplar el enorme planeta rodeado de anillos—. A decir verdad, la decisión es tuya, aunque podemos discutir el asunto si quieres. No pienso quedármela sólo para tener unas cuantas horas más. Y tampoco quiero compartirla: sería un feo modo de acabar para los dos. Sea como sea, yo sugiero que la uses tú.

—¿Para quedarme sentada junto a tu cuerpo congelado? —replicó ella—. No. Ni siquiera podría sentir el calor en mis huesos. —Se volvió hacia él tan deprisa que casi cayó del pináculo. Él logró agarrarla a tiempo—. ¡Calor! —gritó, con una voz aguda como el graznido del halcón que gira en el cielo—. ¡Colín, llevaremos nuestros huesos de vuelta a casa!

—Para ser exacto —dijo Danzig—, he trepado al exterior del casco. Así me encuentro lo bastante arriba como para ver más allá de esos riscos y agujas. Puedo ver todo el horizonte.

—Bien —gruñó Scobie—. Estate preparado para examinar rápidamente todo un círculo. Esto depende de un montón de factores que no podemos predecir. El faro no será desde luego tan grande como lo que tú hayas dispuesto. Puede que sea muy delgado y que dure poco. Y, por supuesto, quizá suba hasta una altura demasiado baja como para que tú puedas verlo desde tan lejos. —Se aclaró la garganta—. En ese caso, me temo que vamos a quedarnos con esta granja. Pero al menos lo habremos intentado con todas nuestras fuerzas, y eso ya es algo.

Sopesó entre sus dedos la célula de combustible, el regalo de Garcilaso. Un trozo de alambre bastante grueso, al cual le habían quitado el aislante, unía las dos espigas de conexión. Sin ningún tipo de regulador, la unidad estaba entregando toda su potencia a través del cortocircuito. El alambre ya empezaba a relucir.

—¿Estás seguro de no querer que lo haga yo, Colín? —le preguntó Broberg—. Tu costilla.

Él la miró de soslayo y sonrió.

—Pese a ello, la naturaleza me ha diseñado mejor que a ti para arrojar cosas —dijo—. Al menos, permíteme esa pequeña arrogancia masculina. La idea brillante fue tuya.

—Tendría que haber sido obvio desde el principio —dijo ella—. Y creo que lo habría sido, de no habernos dejado cegar por nuestro sueño.

—Mmmm..., a menudo las respuestas sencillas son las más difíciles de encontrar. Además, teníamos que llegar hasta aquí o no habría funcionado, y en eso el juego nos ayudó mucho. ¿Estás listo, Mark? ¡Ahí va!

Scobie lanzó la célula como si fuera una pelota de béisbol, mandándola con gran fuerza a lo lejos ayudado por el débil campo gravitatorio de Japeto. Mientras iba girando, su alambre incandescente dibujaba ante sus ojos una fascinante sucesión de trazos. Cayó un poco más allá del borde, en el glaciar.

Los gases helados se vaporizaron y una nube brevemente recondensada giró en lo alto, antes de volver a perderse. Un surtidor blanco se había alzado contra las estrellas.

—¡Os veo! —gritó Danzig—. Veo vuestro faro, ya tengo mi señal de guía. ¡Me pondré en camino ahora mismo! ¡Traeré cuerda, unidades de energía de recambio, todo!

Scobie se dejó deslizar hasta el suelo, apretándose el flanco izquierdo. Broberg se arrodilló y le abrazó con cuidado, como si alguno de los dos pudiera tocar físicamente su dolor. Ya no importaba. El dolor no duraría mucho más.

—¿A qué altura crees que ha subido el surtidor de gases? —preguntó Danzig, con voz algo más tranquila.

—Unos cien metros —replicó Broberg después de pensarlo.

—Oh, maldita sea, con estos guantes es muy difícil hacer funcionar la calculadora. Bien, a juzgar por lo que yo he observado, estoy separado de vosotros por unos diez o quince kilómetros. Dadme una hora o un poco más para llegar hasta ahí y localizaros con exactitud. ¿De acuerdo?

Broberg comprobó los indicadores.

—Sí, pero bastante justo. Reduciremos nuestros termostatos y nos quedaremos muy quietos para hacer menor la demanda de oxígeno. Pasaremos bastante frío, pero sobreviviremos.

—Puede que llegue antes —dijo Danzig—, ése era un cálculo para el peor de los casos. De acuerdo, voy a salir. Nada de conversación hasta que nos encontremos. No pienso correr riesgos inútiles, pero necesitaré conservar el aliento para ir todo lo rápido que pueda.

Quienes le aguardaban oyeron levemente su respiración y luego el ruido de sus pisadas. El surtidor había muerto.

Permanecieron sentados, rodeándose la cintura con los brazos, y contemplaron la gloria que les contenía. Después de un tiempo de silencio, el hombre dijo:

—Bien, supongo que esto significa el final del juego. Para todos.

—Lo cierto es que debe ser sometido a un estricto control —respondió la mujer—. Pero me pregunto si lo abandonarán del todo ahí fuera.

—Si deben hacerlo, lo harán.

—Sí. Nosotros, tú y yo lo hicimos, ¿verdad?

Se volvieron hasta quedar cara a cara bajo aquel cielo gobernado por Saturno y en el que giraban enjambres de estrellas. No había nada que pudiera tamizar la luz de aquel sol que les revelaba el uno a la otra: ella era una mujer casada de mediana edad, él un hombre normal con tendencia a la soledad. Nunca volverían a jugar. No podían hacerlo.

En la sonrisa de Broberg había una mezcla de compasión y asombro.

—Amigo querido —empezó a decir.

Él alzó la mano con la palma hacia ella para impedir que siguiera hablando.

—Será mejor que no hablemos si no es por algo esencial —dijo—. Eso nos ahorrará un poco de oxígeno y así podremos estar un poco más calientes. ¿Intentamos dormir un poco?

Los ojos de Broberg parecieron dilatarse y volverse más oscuros.

—No me atrevo —le confesó—. No hasta que haya pasado el tiempo suficiente. Ahora podría soñar.



POUL WILLIAM ANDERSON. Escritor de ciencia ficción estadounidense nació el 25 de noviembre de 1926 en Bristol, Pensylvania, y falleció el 31 de julio de 2001 debido al cáncer en Orinda, California. En algunas de sus historias utilizó el pseudónimo de «A. A. Craig», «Michael Karageorge» y «Winston P. Sanders».

De padres escandinavos emigrados a Estados Unidos, cursó estudios universitarios en física en la Universidad de Minnesota, graduándose en 1948. Para entonces ya había publicado varios relatos en la revista *Astounding* (había empezado a escribir relatos de ciencia ficción en 1937 cuando cae convaleciente de una enfermedad), el primero, *A matter of relativity*, en el número de septiembre de 1944. En 1947 publicó su primera obra de envergadura: *Tomorrow's children* en el *Astounding* de marzo, cuando sólo contaba con 20 años; este relato sería uno de los tres que formarían la novela postapocalíptica *El crepúsculo del mundo*. Además, colaboró con *Duel on Syrtis* para *Planet Stories* de la edición de marzo de 1951, sobre el seguimiento que un terrícola hacía de un extraterrestre en Marte, un relato de ficción corta con temática inusual en el campo de las aventuras interplanetarias.

Su formación le permitió dotar de gran verosimilitud científica a sus obras, lo que le ha conferido el ser considerado uno de los exponentes de la ciencia ficción dura. Los beneficios obtenidos de todos estos trabajos le llevaron a tomar la decisión de dedicar «un año sabático» consagrado a escribir. El año sabático se prolongó hasta el último momento de su existencia.

Entre sus primeras novelas se encuentra *La onda cerebral*. Sus libros posteriores

pueden agruparse en sagas, como la serie de la *Liga Polesotécnica* protagonizada por Nicholas Van Rijn, la serie *Flandry* de Dominic Flandry, o los viajes a través del tiempo de *La patrulla del tiempo* que comienzan en el relato Guardianes del tiempo. Otras obras que no tienen nada que ver con las series anteriores, como ocurre con *Tau Cero*. Como autor prolífico que fue, tocó muchos de los temas habituales de la ciencia ficción, desde los viajes en el tiempo a las invasiones extraterrestres, y desde las naves generacionales al posthumanismo.

Anderson escribió su novela *Tau Cero* en 1967 en medio de un vigoroso debate entre los astrónomos respecto al destino final del universo, en ese momento habían tres posibilidades y Anderson desarrolla en su libro una de éstas de forma amena y muy interesante, aún así esta posibilidad aún no ha sido demostrada. En su última época escribió una tetralogía que comienza con *Cosecha de Estrellas* (1993).

Formó parte del círculo de escritores de John W. Campbell que configuraron la llamada edad dorada. Relatos suyos como *El último viaje*, *No habrá tregua para los Reyes*, *Carne compartida*, *La reina del Aire* y *La oscuridad*, *El canto del chivo*, *La luna del cazador* y *El juego de Saturno* han obtenido varios premios «Hugo» y «Nébulas» en su categoría. Suele compararsele frecuentemente con otros escritores de su tiempo como Ray Bradbury, Stephen Baxter o Robert Heinlein, que le dedicó varias obras suyas tanto a Poul como a la esposa de éste, la también escritora Karen Kruse.

También ha escrito algunas novelas de fantasía, como *Tres corazones y tres leones*, *La espada rota* o la serie *Rey de Ys*, y novelas policíacas. En este campo *A Midsummer Tempest* ganó en 1975 el «Mythopoeic Fantasy Award».

Como expresó en varias ocasiones en sus ensayos de «no-ficción», Anderson sostiene firmemente que ir al espacio no era un lujo innecesario, sino una necesidad existencial, y que el abandono del espacio podría condenar a la humanidad a «una sociedad de bandidos que gobiernan sobre los campesinos», cosa que expresa gráficamente en el escalofriante *Cuento de Bienvenida*. En ella, la humanidad ha abandonado el espacio y se queda con una Tierra superpoblada donde una pequeña élite no sólo trata a todos los demás como esclavos en propiedad, sino que también practica regularmente el canibalismo.